

Y, por último, va y ¿qué hace el diputado por Cuenca? Trinca por el brazo á Inocencio, con promesa de sacarle de la oscuridad en que vegeta, y lo gra, no sólo que su proyecto de interpolación sea algo práctico, sino que aparezca á sus atónitos ojos en forma de contundente discurso que, entregado á la memoria, única facultad prodigiosa del padre de la patria, produce á éste un triunfo ruidosísimo.

Y caen patas arriba todas las butacas del combati-do gabinete. Y el nuevo gobierno toma posesion de sus poltronas. ¿Y qué ha de suceder? El diputado triunfador va derecho á regir los destinos de Fomento y la propagacion de los pinares de su provincia.

Y el director del diario en que se agota el entendimiento de Escalera sube á dirigir la Instruccion pública, para que los maestros de escuela rabien de lo mismo que los redactores del periódico.

Bombo obligado—por elevacion de esos caballeros á las altas regiones—redactado por la elegante pluma que, aunque con natural rubor, tambien reproduce con elogio las famosas redondillas de la aplaudida comedia de quien, desvanecido por el triunfo, ni reconoce poeta alguno que le ayudase, ni aplauso de público y periódicos que él solo no se tenga bien merecido.

La modestia de Inocencio es tan callada como su vida, y nada dice á los ensalzados á su costa.

Ellos son los que se lo dicen todo, para malpagar en palabras.

—Nuestro amigo, su director de V. y yo—le dice el Ministro—estamos conformes en que, *por ahora*, debe V. continuar en el periódico, donde tantos servicios puede prestar á la causa de....

Y el Director: «Veremos lo que resuelve el Ministro. Pero creo que hombres como V. no han nacido para la prosa de las oficinas, y deben su fuerza intelectual á la poderosa palanca de la prensa, que.... ¡Ah! no olvide en nuestro diario los fondos sobre las reformas que proyecto en el ramo de Instruccion pública.»

Y el autor dramático consabido, en un círculo del gremio: «Es buen muchacho ese Escalera, y no es mal literato, y vale como periodista, y hasta hace bonitos versos. Pero *estaba* empeñado en servir para el teatro, y ¡qué ha de servir el pobre! Aquí todo el mundo quiere ser autor!.....»

Y al fin se muere Escalera. Y se muere de tanto trabajar sus peldaños para el ascenso de gentes parecidas á esas que acaban de conocer VV.

Y, es claro, despues de morir, no queda más que enterrarle, de un modo ó de otro; pero no verán VV. en el entierro el coche del Ministro, ni siquiera el del Director; y ¡si al menos se descubriera sobre el féretro una hoja del laurel que cedió el difunto al autor dramático apócrifo!

El diario en que escribió dice, por gracia de un compañero piadoso: «Acompañamos á la viuda en su legítimo sentimiento, y jamas olvidaremos las prendas de honradez, talento y laboriosidad que distinguian á nuestro malogrado amigo.»

Y la viuda, en su oscuro rincón y llorando de verdad:

—¡Qué bueno, y cuánto me quería! Pero, ¡qué raro era el pobre, qué raro!

Pero tras Inocencio vienen otras escaleras.

Porque ¿qué sería, si no, de la ambicion que no puede subir sola?.....

EDUARDO BUSTILLO.

SHAKESPEARE EN ESPAÑA.

Se recuerda la historia de nuestro teatro época de mayor decadencia que el último tercio del pasado siglo. La en otro tiempo fecundísima musa castellana veiese ahora reducida al vergonzoso extremo de mendigar en extranjera tierra y solicitar para la escena de Lope y de Calderon dramas y tragedias que el escaso ingenio de nuestros autores sólo llegaba á traducir malamente, sin darse cuenta, las más de las veces, de lo que traian entre manos. Italia y Francia eran las naciones que con más frecuencia acudian á remediar nuestra miseria, ó si cabe á aumentarla, y no bien merecia una obra dramática la aprobacion del público en la nacion vecina, cuando ya se preparaban nuestros autores á hacerla pasar á las tablas y á darle carta de naturaleza en nuestro suelo. En medio de tan lastimosas decadencia fué cuando apareció por primera vez Shakespeare entre nosotros. Mas no vaya á creerse que era el dramático de Stratfordson, Avontal como hoy le conocemos, campando en la escena por sus respetos y sin dársele un ardite de reglas ni

convenciones de ningún género. El autor que entonces se ofreció al público de Comella venía de Versá;lles; no desdecia un punto de la clásica correccion de Raimel; de Inglaterra sólo conservaba un confuso recuerdo, y en cuanto á sus composiciones, procuraba ajustarse con titánico esfuerzo á las estrictas reglas de la tragedia clásica, sin olvidar una coma, sin prescindir ni de media *unidad*. Seguramente que si alguno de sus compatriotas le viese no lo conoceria, ni siquiera podria imaginar quién fuese; y tanto habia cambiado, durante su permanencia en Francia, entre los elegantes de la corte de Luis XVI.

No era extraño, sin embargo, que nuestros literatos no conociesen á Shakespeare en el original, y que sólo cuando en Francia las imitaciones de Ducis, acogidas con entusiasmo creciente, empezaron á llamar la atencion sobre el autor inglés, intentasen presentarle á nuestro público; eso sí, creyendo que las tragedias francesas, tan bien recibidas al otro lado de los Pirineos, eran meras *imitaciones*, es decir, reformas ó arreglos del original en que el autor inglés salia siempre ganancioso. Cierto que al decir esto no hacian más que repetir lo que ya Voltaire habia dicho de sus arreglos, que eran, segun el modesto autor de *La Henriada*, algunas perlas recogidas en el inmenso fango del bárbaro poeta inglés.

El Shakespeare que primero se conoció en España fué, pues, el de Ducis, quien, aun teniendo tan imperfecta idea del autor inglés, como podia formarse en la traduccion famosa de Letourneur y de La-place, admiraba sinceramente al autor del *Hamlet*, cuyas producciones intentó el primero, con singular atrevimiento, introducir en la escena de Corneille; y no hemos de escatimarle el elogio que su osadía merece, ni ménos aun censurar duramente el pésimo gusto con que interpretó y arregló algunos de los más bellos dramas de su caro poeta del Norte, pues, si tal hicieramos, procederíamos con gran injusticia, desconociendo la inevitable influencia de los arraigados principios que aun entonces dominaban sin rival en la escena francesa.

En 1769, Ducis, repuesto ya de la derrota de *Amelise*, su primera tragedia, acometia el primero, con denodado esfuerzo, la revolucion literaria que, andando el tiempo, habia de enseñorearse por completo del teatro, y que desde el principio, cuando aun nadie se daba cuenta, ni el público ni los autores, del desarrollo que pronto habian de alcanzar tales reformas, era tambien acogida y secundada por todos. Y no ha de tacharse de completa falta de inteligencia y de buen gusto al autor que leyendo las malhadadas traducciones de Shakespeare, que más arriba hemos citado, se admira principalmente ante la grandiosidad del carácter de Hamlet y se propone llevarlo á la escena de su patria y conquistar puesto honroso entre los autores de su tiempo, merced á la valiosa ayuda que le ofrecen las inimitables producciones del poeta inglés.

El desgraciado éxito de *Amelise*, léjos de desalentar á su autor, le hizo volver á la lucha con mayor denuedo, sólo que esta vez, desconfiando de las propias fuerzas, y seducido por la originalidad y la grandeza del teatro de Shakespeare, eligió para presentarse de nuevo ante el público la peregrina fábula de aquel Príncipe de Dinamarca que, para vengar á su padre, se fingió loco, y despues de mil extraños cuanto curiosos incidentes, logra al fin cumplida venganza, apaciguando de este modo el alma irritada del difunto monarca. Sólo que Ducis no podia olvidar que escribia para el público de Racine, y que, gente acostumbrada á oír hablar con tan rara pulcritud á griegos y romanos, no permitiria que, sin más ni más, y sólo por ser extranjero, se le presentase un personaje que llamase cada cosa por su nombre y ofreciese á sus ojos la triste realidad de la vida, no cubierta ni exornada con todo el lujo de la poesia artificiosa, sino con la más sencilla, pero tambien más grande, más duradera y única poesia: la poesia de la realidad y de la Naturaleza.

Es, por lo demas, hecho constante y que merece notarse, así en la historia literaria como en la política, lo mismo en el arte que en la ciencia. Todo gran reformador literario, todo el que descubre más amplios y extensos horizontes, y muestra el camino que ha de llevarnos á apreciar su belleza, sorprende y aun admira, merced al maravilloso poder del genio; mas no bien ha pasado aquella ráfaga de entusiasmo, libre del mágico poder que al principio la sujetaba, vuélvase la atencion general á sus antiguos favoritos: la novedad, desde que ya no lo es, ha perdido su más preciado encanto, y el innovador, con todo su genio y su indiscutible grandeza, cae en el olvido; y á veces, con el curso del tiempo, llega hasta á ser mirado con desdenosa indiferencia. Mas pasan uno ó dos siglos, y de pronto empieza á hablarse del plvido en que yacen las obras del portentoso autor; los literatos piden á voz en grito reparacion á tamaña injusticia, ellos que fueron los primeros en cometerla; el público, cansado de los vanos esfuerzos con que escritores sin genio ni inventiva tratan de cautivar

su atencion, lee con avidez lo que hace tantos años aguarda su fallo, y del polvo que cubre sus olvidados libros renace, no á la efimera vida del aura del momento, sino á la perpétua gloria de los inmortales, la fama del autor.

Tal fué la suerte de los grandes maestros de nuestra escena, arrojados ignominiosamente del alto pedestal en que la admiracion de los contemporáneos los habia colocado por el servil entusiasmo de la reaccion clásica, y la misma é idéntica fué tambien la del príncipe de los autores ingleses durante gran parte del siglo pasado, hasta que, vuelta la atencion nuevamente al estudio de sus obras, hízosele cumplida justicia, y al mismo tiempo que Garrick representaba sus dramas, ofreciendo así á la admiracion de sus compatriotas las más preciadas joyas del teatro moderno, sepultadas por largo tiempo en silencio olvido, nuevas ediciones, acompañadas de sabios comentarios, difundian por doquiera sus obras, que, atravesando el mar, eran recibidas con entusiasmo en Alemania, y con ávida curiosidad, que más tarde habia de convertirse en entusiasta admiracion, en Francia.

Juan Francisco Ducis, el que primero introdujo en la escena francesa las obras más célebres de Shakespeare, fué un poeta de singularísimo carácter, y en quien se daba el hecho, por demas curioso para que deje de notarse, de profesar el más profundo desprecio á las opiniones dominantes en su tiempo, de protestar, siempre que la ocasion se le ofrecia, contra el gusto literario de su siglo, y sin embargo, ser él, en grado tan eminente, poeta de su nacion y de su época, que, no sólo cuando hace obras originales, sino cuando pretende llevar á la escena los dramas del más original de los autores, ha de ajustarlo ántes á su modo de entender el arte dramático, que no es otro que el de los demas escritores de su nacion, y para conseguir tal propósito no vacila en hacer un nuevo drama con el mismo título y alguna que otra situacion que le parece tolerable en la escena francesa (1).

Así lo declara él mismo en la correspondencia que, con motivo de su noble deseo de dar á conocer Shakespeare al público frances, sostuvo con Garrick, el iniciador en la escena inglesa de la reaccion shakespeariana. En estas cartas, curiosísimas por muchos conceptos, y más que nada por decirnos cuáles eran las principales dificultades con que el trágico frances tenia que luchar en sus imitaciones, vemos cuán sinceramente admiraba Ducis al autor á quien debió su primer triunfo en la escena, y al mismo tiempo las transformaciones á que el gusto del público le obligaba, que eran tales, que á veces apenas si del original queda más que el título y los nombres de algunos personajes (2). Así, del *Hamlet* tuvo que hacer casi una obra nueva, en la que pretende únicamente *pin-tar, sobre todo, en el alma pura y melancólica de Hamlet, un modelo de ternura filial*, como le dice á Garrick en la carta que le mandaba juntamente con el ejemplar de la tragedia. La venganza, que llena toda la obra original, que es la preocupacion constante, el único pensamiento, el móvil solo de las acciones del Príncipe de Dinamarca, obtiene aquí interpretacion benigna por parte del trágico frances, que no encuentra medio de introducir en su obra la sombra vengativa del padre de Hamlet.

Dió, sin embargo, pruebas Ducis de conocer el público que habia de ser juez único é infalible de sus producciones, por cuanto la obra así desfigurada obtuvo éxito muy favorable, á pesar de la indignacion de Voltaire, que se contenta con llamar al pobre poeta *visigodo y ombrío*, y cuantos nombres de pueblos bárbaros le vienen á la memoria.

El éxito de *Hamlet* sirvió para alentar á Ducis y animarle á continuar por la nueva senda que tan espléndido cuanto inesperado triunfo acababa de proporcionarle; y, en efecto, en 1772 se representaba *Romeo y Julieta*, acogido aun con más entusiasmo que el *Hamlet*. Parece mentira á quien lee hoy la *imitacion* ó arreglo que de esta pieza hizo Ducis, que no sólo haya agrádado, sino que mereciera los honores de la repeticion durante más de veinte noches. En la carta que al enviarle un ejemplar escribió á Garrick, dice que aquel mismo día es la décimoa octava representacion, y aunque se lamenta de no haber penetrado en la esencia del drama inglés, no da cuenta, como otras veces, de los motivos que pueden haberle impulsado á alterar tan notablemente y con tan pésimo gusto la obra de Shakespeare.

(1) Acerca de Ducis, puede verse: CAMPENON, *Essai de mémoires sur Ducis*, 1824; O. LEROY, *Étude sur le personnage et les écrits de Ducis*, 1832; SAINTE-BEUVE, *Causeries de lundi*, t. VI, y *Nouveaux lundis*, t. IV. La comparacion del *Macbeth* de Ducis con el de Shakespeare ocurre casi toda una leccion de VILLEMARIN, *Traité de la lit. au XVIII^e siècle*, p. III.

(2) Pueden verse las cartas aquí citadas en el tomo II de GARRICK, *Private correspondence with most celebrated persons of his time, now first published from the originals, and illustrated with notes and a New Biographical Memoir*. Londres, 1831-32. Copiada Sainte-Beuve, en el estudio que dedica á la correspondencia de Ducis, con el título de *Ducis épitolaire*, en el tomo IV de los *Nouveaux lundis*.

Quiso también Ducis rendir á la antigüedad clásica el tradicional homenaje de los trágicos franceses, y compuso á continuación de *Romeo y Julieta* el *Edipo*; mas bien pronto volvió á su poeta del Norte, á quien siempre miró con gran veneración y respetuoso cariño. *El Rey Lear* fué la obra con que nuevamente presentó al poeta inglés en la escena, y esta vez el triunfo sobrepujó notablemente á cuanto el mismo Ducis podría imaginar; pues no contento el público con aplaudir frenéticamente durante casi toda la representación, al final le hizo salir á la escena, lo cual era entonces tan extraordinario, que hacia época en la vida del dicho autor que una vez lo conseguía.

Como era de esperar, tan lisonjero resultado daba cada vez mayores bríos al aplaudido poeta, que, á no haber sido detenido en su triunfal carrera por el desagrado del público, hubiera llevado seguramente á la escena francesa todo el teatro de Shakespeare, ó lo que entonces se llamaba así. Pero nada hay más inconstante que la fortuna, ni más caprichoso que el gusto del público. El mismo año que la representación del *Rey Lear* puso el colmo á los triunfos de Ducis, hacia éste poner en escena el *Macbeth*. No desconocía el autor de *Edipo* que el género terrible que había adoptado era muy expuesto en el teatro de su nación, y así se lo decía él mismo á Garrick cuando ánn trabajaba en el arreglo de este drama. «Tengo que habérmelas con una nación que exige muchos miramientos cuando se la quiere llevar por las sangrientas vías del terror», escribía Ducis, como presintiendo lo que iba á sucederle. «Todo el mundo reprueba aquí el género terrible que he adoptado», escribía de Versalles á su amigo Deleyre. «Monsieur Ducis, me dicen, suspended por algún tiempo tan espantosos cuadros; los continuaréis cuando queráis; pero dadnos una pieza tierna por el estilo de *Ines* ó de *Zaire*, una obra que haga correr dulcemente nuestras lágrimas, que os reconcíle, en fin, con las mujeres, la bella mitad de vuestro auditorio, que casi siempre lleva tras sí la otra mitad.» Obstinóse, no obstante, en continuar por la nueva senda, y el mismo año que presenciara el triunfo del *Rey Lear* vió la caída del *Macbeth*. La misma ó peor suerte tuvo el *Juan Sin Tierra*, arreglo también del *Rey Juan*, de Shakespeare, con que trató el autor de rehacerse de la derrota del *Macbeth*; mas como fuese recibida áun con mayores muestras de desagrado, hubo de obligar á Ducis á cambiar de rumbo y á buscar en el rico repertorio del poeta inglés alguna obra que, por sus condiciones de originalidad en cuanto esto podía hacerse en la escena francesa, le salvase del inminente naufragio que amenazaba sus nuevas producciones, después de dos derrotas sucesivas.

Dió al fin con la obra que buscaba; pero esta vez no fué en seguida y sin pararse más que á tomar aliento, sino tras largo meditar y mucho corregir, cuando por fin se decidió el autor á llevar el nuevo drama á las tablas. Era en 1792. Habían trascurrido algunos años desde la silba del *Juan Sin Tierra*, y el *buen Duis*, como siempre le llamaban, se presentaba nuevamente al público de Racine, bajo la salvaguarda de aquel poeta inglés, de tan contraria fama, que ya en otro tiempo, y en ocasión parecida, le había llevado de las oscuras filas de los autores silbados al brillante y elevado asiento del vencedor. Contaba en su ayuda con el interés de la fábula, pues se trataba de aquel soberbio mozo que, arrebatado de celos, diera muerte á su inocente esposa, y conociendo luego su error, viendo que *cual indio ignorante había arrojado una perla que valía más que toda su tribu* (1), se dá la muerte, siendo así al mismo tiempo verdugo y vengador de su infeliz dama. Había, además de la obra misma, gran probabilidad de éxito feliz en el encargado del principal papel. Era éste un actor joven, que ya se había hecho aplaudir muchas veces, y cuyo genio de tal modo se desarrollaba y crecía, que todos auguraban gran porvenir á quien había ya llegado, en los primeros años de la juventud, á las altas regiones del arte. Llamábase Talma y estaba destinado á dejar imperecedera huella en la historia del arte escénico. No vió esta vez fallidas sus esperanzas el animoso autor, pues el éxito superó, con mucho, á cuanto todos hubieran imaginado. El genio de Talma y lo que del argumento dejó Ducis en su *imitación* bastaron á conquistarle un nuevo triunfo, más glorioso sin duda que los anteriores, por cuanto es más difícil recobrar la perdida fama y hacer que cambie la opinion, que levantarse saliendo de la oscuridad, sin tener que luchar con el más terrible enemigo, que es la preocupación. Después del *Otelo*, y contando siempre con Talma, su actor querido, ya no escribió Ducis más que dos tragedias originales: *Abufar*, ó *la familia árabe*, cuadro de costumbres de los pueblos nómadas, tan bien recibida, que el autor hizo, continuando en el mismo género, *Fedor* y

Waldemar, ó *la familia de Siberia*, creyendo, error muy comun entre los autores, que ésta era su mejor obra, á pesar de lo cual fué muy mal recibida, y ya desde entonces no volvió á escribir para la escena. Ocupa Ducis puesto eminente entre los autores de su época, y de lo mucho que en su tiempo se le consideraba es muestra evidente el haber sido elegido para ocupar en la Academia Francesa la vacante que dejó la muerte de Voltaire. ¡Quién había de decir al patriarca de los enciclopedistas que aquel autor *visigodo*, como él le llamaba, era el mismo que, andando el tiempo, había de sucederle en la Academia, elegido únicamente por sus colegas!

Este fué, pues, el introductor de Shakespeare en la escena francesa, y la fuente única de nuestros autores, hasta el año treinta y ocho, en que se representó el *Macbeth*, de Villalta, traducido del original inglés. Sabido es que el *Hamlet*, de Moratin, no se representó nunca, ni con tal intención lo tradujo el autor de *El Si de las niñas*.

No era, como se ve, muy pura la fuente en que bebieron los que primero trajeron á nuestra escena las inmortales obras del poeta inglés, que llegaban ya á sus manos tan desfiguradas y sin rastro casi de su verdadero origen, que al pasar por el nuevo tamiz y aparecer en nuestra escena, no había ya medio humano de conocerlas, y menos aún de sospechar que fuese Shakespeare el autor de tan raras y extravagantes amalgamas. Porque es de notar que Ducis, además de las variaciones que por su cuenta y con todo conocimiento introducía en el original, éralo para él la version de La Place, pues no sólo no sabía inglés cuando en 1769 hizo representar el *Hamlet* (1), sino que no se le ocurrió aprenderlo nunca, á pesar de haber dedicado gran parte de su vida al estudio de un autor de aquella nación. No dejaba él de conocer que esta ignorancia del idioma de su autor favorito era causa de que no pudiese penetrar en la esencia de sus obras, y mucho menos apreciar las mil y mil bellezas que en tan soberano poeta escapaban á toda traducción, á todo arreglo, pues son como el polvo de oro, que á los rayos del sol brilla en las alas de las mariposas; si queremos cogérselo, se pierde entre los dedos, sin que seamos capaces de devolverle su primer esplendor.

Grave error sería acusar después de esto á Ducis de mutilador de Shakespeare, y desencadenarse contra él con todo el furor del fanatismo exacerbado. Muchos lo han hecho ya, desconociendo que no así en un día y de buenas á primeras se introducen tan radicales reformas y se modifica y cambia por completo el gusto literario de una nación, por más culta y adelantada que ésta sea. Toda una serie de traductores han tenido que sucederse, acercándose cada vez más al original, dando cada uno un paso adelante, hasta llegar al Shakespeare que hoy conoce el público francés. Y no es que antes no hubiera quien, siguiendo el original, pudiese hacer un arreglo tan fácil como hoy se exige; es que el público lo hubiera rechazado brutalmente, como sucedió entre nosotros, sin pararse á considerar si aquello era ó no del original, sino porque, fuese de quien fuese, no le gustaba, y en el teatro, para que una obra viva, no hay otra ley que el soberano gusto del público. Esto lo sabía muy bien Ducis, y por eso en sus dramas más aplaudidos, y que él presentaba como *imitados* del autor inglés, apenas se encontraría semejanza, como ya se ha dicho, más que en el título y en los nombres de algunos personajes. Resulta, casi siempre, una obra nueva con indudables bellezas, que exclusivamente pertenecen al trágico francés, pero que no hay que decir siquiera que no compensan en manera alguna lo que en su lugar había hecho Shakespeare.

DANIEL LOPEZ.

(Se continuará.)

LOS YANKEES.

II.

LA MUJER.

DUJES yo en los Estados-Unidos, dirigiéndome á la mujer norte-americana: «No eres menos linda ni menos interesante que las otras; la Providencia arara, que en el seno misterioso de la creación reparte la hermosura, no te ha negado sus favores; arrancó al sol y á la noche tintas para tu cabello; pidió á la grana que tiñera tus labios, y á la perla que se posara sobre tus dientes; dijo al cielo que concediera á tus ojos un pedazo de su tul diáfano y brillante, y dejó caer sobre tus mejillas puñados de rosas y azucenas. Pero la mano del hombre, más pródiga en destruir que para conservar, expuso tus tesoros á la ira de los crueles elementos, rasgó el velo que guarda-

ba tus perfecciones, y escribió sobre tu frente la palabra *Zkerlad*, sin saber que era tu martirio lo que escribía.»

¡Nunca lo hubiera dicho! Varios periódicos americanos salieron á la palestra, entrando en seguida en el terreno de las comparaciones y diciendo que la mujer yankee no es ignorante, tímida, débil y esclava como la española.

Lo que á esto replicó no necesitó repetir, porque la polémica fué pública y ruidosa; pero me sobaron entonces algunos argumentos que me parecen incontestables, y uno de ellos es el que voy á citar en la presente ocasion:

Según datos oficiales, que tengo á la vista, fueron aprehendidos durante un año en la ciudad de Nueva-York 42,879 criminales de todos géneros, entre los que se cuentan 228 mujeres, por asalto y violencia; 5,609 por mala conducta; 5,281 por embriaguez; 380 por hurto; 85 por hurto mayor (*grand larceny*); 2 por robo; 2,045 por vagancia; 54 por infracción de las ordenanzas municipales; 46 por infracción de la ley de bebidas; 261 por arrebatos de locura; una por bigamia; 7 por crueldades cometidas con los niños; 2 por falsificación, y 43 llamadas *juenes delinquentes*. Total de mujeres presas durante el año: 14,044; casi la tercera parte del total de criminales aprehendidos. Corresponden á cada día más de 38 mujeres presas, en una población de menos de 1,500,000 habitantes. Siendo de notar que, de las 14,044 penadas, lo fueron 12,935 por estos tres delitos: vagancia, embriaguez y mala conducta, y no es menos curioso el hecho de haber sido aprehendidas 228 mujeres por violencia y asalto.

En Madrid, que no es una población modelo de virtud, y que tiene la tercera parte de habitantes que Nueva-York, no entran diariamente en la cárcel 12 mujeres, y por la mayoría de los expresados delitos no entra ninguna. Esta es la diferencia que halló entre la mujer norte-americana, sabia, severa, libre y fuerte, y la mujer española con todos sus defectos y debilidades, con su ignorancia y su esclavitud.

Replicando á un discreto periódico de Nueva-Orleans, que sólo veía en las figuras que yo trazaba *perfiles que le eran desagradablemente familiares*, y no comprendía por qué afirmaba yo que *la libertad mata el amor*, dije:

«La libertad, ó más bien vuestra libertad, mata el amor. ¿Por qué? Porque el amor vive del misterio, se nutre de ansiedad, se apoya en los obstáculos, se acrecienta con el peligro, necesita desprenderse un poco de la tierra y volver asido á un jirón de los cielos.»

«Cuanto más fácil sea el acceso al objeto amado, menor será el número de las embriaguadoras delicias que alimentan y robustecen la pasión. Vosotros elifanés el camino á los amantes, abris de par en par las puertas de la jaula que guarda el codiciado tesoro y entregais la inocente avecilla al amor del incógnito, sin tratar de saber si es palomo ó gavilán. Cubris de flores la senda que debiera estar erizada de abrojos; rompéis con mano desapiadada el mágico encanto, y aniquilais de un golpe todo lo que el amor tiene de más bello, de más sublime. La castidad, despojada de sus galas; entregada, libre del casto velo, á las profanas miradas del apetito, no tiene armas que oponer á la seducción. Los temblorosos suspiros, las arrobadoras emociones que robustecen y aquilatan el deseo, idilios y poemas que hacen del amor la más preciosa joya del sentimiento, desaparecen bajo el cadáver del recato, y el amante, exhausto ya de verdadero amor, llega al pie del ara como se llega á una oficina para terminar un negocio.»

La exactitud de esta pintura se comprueba con hechos: con el triste fin de la mayoría de los enlaces y con la abundancia de divorcios.

Decía el periódico *Evening Telegram*, en el mes de Abril de 1881: «El divorcio es la sombra que sigue al matrimonio, transitoria, si no permanentemente, en la mayor parte de los enlaces que ahora se celebran. La ley del divorcio es como el veneno del anillo con cabeza de esfinge, cuya heroina hemos visto representar á Sarah Bernhardt con tanto interés; todos los hombres y todas las mujeres piensan que, si lo malo tiene que ponerse peor, podrán tragar algo de esa ley venenosa y librarse de un mal matrimonio. Hasta concebidos que un hombre, antes de casarse, quiera prevenirse contra lo que pueda ocurrir, y se familiarice con las leyes de divorcio, que en nuestros treinta y ocho Estados se hallan en contradicción.»

«En los Estados Unidos, ni el matrimonio ni el divorcio poseen la dignidad que deberían tener, y la razon es que la gente se hace con facilidad *como uno* y con la misma facilidad vuelve á deshacerse en *dos*. La llañez con que se verifica la operacion aritmética del himeneo, $1 + 1 = 1$ y $1 - 1 = 2$, ha vuelto absurdas y pueriles nuestras leyes sobre la materia.»

Mr. Nathan Allen publicó, en Junio de 1880, un libro en el que demostraba que, en los matrimonios efectuados fuera de la religion católica, de cada doce uno termina por divorcio.

Y cuenta que en la mujer yankee no veo nada que no sea encantador, que no sea femenino, que no seduzca y enamore casi tanto como pueda seducir el arte de una francesa ó la gracia de una andaluza. Ella, por sí, es inocente, espiritual y hermosa: sus defectos provienen de la educacion; sus errores se deben al hombre; de sus faltas son responsables las leyes, mal aplicadas, mal entendidas, ó mal compuestas.

El hombre, sin embargo, cree que ha hecho la mejor cosa del mundo dando á la mujer una libertad que á cada paso degenera en libertinaje. Y aunque de rechazo padece las consecuencias de su equivocacion, no quiere todavía persuadirse de que hizo mal, sin duda porque el amor propio del yankee es una fiara imposible de domesticar. ¿Lo ha hecho él? Está perfectamente hecho. ¿Lo ha pensado él? Está admirablemente pensado. El mal éxito es una excepcion, y vale más deplorar que retroceder.

Así se consuela el yankee de sus desdichas. La mujer norte-americana disfruta de libertad omnimoda, y por consiguiente, peligrosa. Sale de su casa cuando quiere; recibe en su habitacion á quien se le antoja recibir; no tolera la intervencion paternal en sus asuntos particu-

(1) «Je n'entends point l'anglais, et j'ai osé faire paraître *Hamlet* sur la scène française. Tout le monde connaît le mérite du *Théâtre anglais* de M. de La Place. C'est d'après cet ouvrage précieux á la littérature que j'ai entrepris de rendre une des plus singulieres tragédies de Shakespeare.» HAMLET, tragédie en cinq actes, *imitée de l'anglais*. Introá. 1770.

(1) *Like the base Indian, threw oppear! away Richer than all his tribe.*

LA TORRE DE LA VELA.

I.

El que cruza por primera vez en Granada la Carrera del Darro, hoy transformada en cómoda vía por los cuidados municipales, busca instintivamente entre aquellas torres rojizas que esconden las cabezas en las nubes y las plantas en colosales cestillos de flores, la torre simpática por excelencia, la Torre de la Vela, cuya espadaña de ladrillo cortado, protegida por una varilla de Franklin, se recorta graciosamente sobre el azul de aquel cielo purísimo y delicioso.

Y no es que la Torre de la Vela tenga la nombradía de la de Comares, que ostenta un poco más léjos sus preciosos balconillos coigados sobre las enramadas de la ladera; no es que la antigua vigía pueda ofrecer al visitante una antesala como la de la Barca, ni un camarín como el del Trono; no es que muestre al curioso brillantes hornacinas, ni lacerias de mil colores; antes al contrario, su exterior, pobre y sencillo, y su interior, triste y desmantelado a la vez, la hacen asemejar a una morisca del Albaycín mal avenida con las sultanas de la Alhambra, á un nido de aves nocturnas perdido entre aureos palomares cortesanos.

Sólo su espadaña y su pararrayos la diferencian de sus compañeras, y no es fácil comprender cómo pueda ser la soberana de aquellas alturas. Para convencerse de su escaso poderío, basta observar que aquellos declives poblados de arboladas y de blancas casitas, semejantes á manadas de corderos petrificados en el momento de bajar á beber las aguas del Darro, tienen ejércitos de ruiseñores, á los que su campana no la ha podido hacer callar todavía.

¿En que consiste, pues, la predilección que los andaluces muestran por esa modesta torre, que no ostenta otros méritos que el de ser la más vieja de la Alcazaba y el de turbar con la gárrula lengua de su campanario el sueño de los granadinos?

La respuesta es facilísima: la Torre de la Vela guarda en sus ángulos, que miran á los cuatro vientos, la tradición y el espíritu heroico del pueblo reconquistador; en ella buscan las nazarenas novio en determinados días del año, y sobre ella se tremoló por primera vez el pendon castellano á las tres de la tarde del 2 de Enero de 1492.

Yo también he cometido el pecado de pasear por la Carrera del Darro antes de subir por la Cuesta de los Gomeles; yo también he buscado con avidez la graciosa silueta de la Torre de la Vela antes que la de aquella otra que tuvo en su seno á las grandes figuras de las postrimerias del siglo XV; yo también, despreciando la ayuda de importunos ciccioneros, y discurriendo por las aceras donde la Casa de Castil alza su fachada cubierta de hojarasca y monstruos de piedra, he sentido deliciosa fruición al tropezar con el pequeño campanario que domina la antigua vigía de Giar, y cuya aguja delgada, elevándose dominadora sobre el alcázar de los Nazaritas, es alto testimonio de la unión de los siglos y de las civilizaciones en el tiempo y en el espacio.

Comprendo que Granada se contrastase cuando, en 1881, el fuego del cielo cayó sobre la espadaña de su torre favorita, abriéndola rudamente: la Torre de la Vela forma parte del escudo nobiliario de la ciudad, y el rayo, por lo tanto, la había herido en lo más hondo. Cuando la campana de la Vela emudece, el granadino de buena sangre cree que va á sonar la trompeta apocalíptica, y se arroja azorado del lecho, percibiendo extrañas visiones; cuando toca á rebato, como en 1843, siente el crujido marmoreo de los sepulcros de San Jerónimo y de la Capilla Real, y ve distintamente á Hernando del Pulgar, á Gonzalo de Córdoba, que, previniendo sus manoplas y sus montantes, dan la voz de alarma á sus muertos compañeros y se preparan á subir á los adarves para defender sus templos, sus palacios y sus verjeles.

Hay un expresivo cantar popular, cuyo sentido no es posible comprender si no se ha visto caer la luna sobre el Muley-Hacen ó ponerse el sol tras los picachos que rodean la antigua morada de los Alhamares.

Hélo aquí:

Quiero vivir en Granada,
Porque me gusta el oír
La campana de la Vela
Cuando me voy á dormir.

En efecto, el que no haya subido por la Cuesta de los Gomeles en una de esas noches estrelladas del mes de Junio; el que no haya aspirado la brisa cargada de aromas del Generalfé durante esas horas consagradas al sueño y al amor; el que no haya gozado de las indescriptibles perspectivas que se disfrutan desde el Sacro Monte ó desde el Albaycín, cuando las ventanillas de las casas que dan al río dejan escapar luces fugitivas, y la sombra de los torneos se tiende sobre las laderas, cubiertas de madreseivas, alisos y almors blancos, no puede comprender toda la solemnidad de las noches granadinas, toda la majestad de aquel silencio, turbado por la brisa y el ruiseñor, por el agua corriente y el melancólico tañido de la campana de la Vela.

Yo me he dormido en el hotel Washington, á pocos pasos de la Alhambra, después de oír el concierto de los ruiseñores en la gigantesca alameda de la Cuesta, y de escuchar los tañidos pausados de la campana que hizo temblar á los revoltosos moriscos del tiempo de Cisneros; yo he visto nacer la luna en los deliciosos cármenes poblados de naranjales, y he podido adivinar sin esfuerzo como se deslizaba la existencia de aquellos voluptuosos hijos del desierto, transformados en muelles señores, de aquellos renombrados conquistadores, que se emborrachaban como griegos y peleaban como germanos.

II.

Nunca podré olvidar uno de mis paseos vespertinos por la Carrera del Darro, precisamente la tarde en que había de contemplar por primera vez el perfil de la espadaña de la Vela.

Los pintorescos edificios que dan al Darro solicitaban mi atención de tal modo, que no cesaba de detenerme ante ellos; devoraba á mis anchas aquella perspectiva indescriptible, y reconstruía imaginariamente la antigua Granada musulmana, la Granada de los bohordos y de las sortijas, de las zambras y de los torneos, de los zegríes y abencerajes.

Aquellas casitas desiguales, que parece que han sido colocadas, por juego, unas sobre otras, como si se tratara de fichas de dominó ó de ligeras constructomanías; aquellas ventanillas, á las cuales parece que acaban de quitar el muchatabieh ó la celosía; aquellas galerías abiertas, en cuyas ligeras columnatas se enredan la hiedra y la campanula de tintas azules; aquellos tejados, puntiagudos y salientes, apoyados en labradas zapatas y sombreados por toldos de hojarasca; aquel fondo, en fin, del que forman principal parte, ora rojas torres, ora preciosas huertas, ora alturas ondulantes, cubiertas de avellanos y de alisos, tenlanme suspendido entre lo pasado y lo presente, entre lo soñado y lo real, entre lo tangible y lo imaginario.

Yo hubiera querido ver junto á mi agudo caballero moro envuelto en su blanco alquicel, y haciendo caracolear su yegua ó su corcel á la orilla del río; hubiera querido poblar aquellos balconillos vacíos de Zulemas y Zoraydas; hallarme, como planta exótica ó alma de otro mundo, entre aquellos caballeros pendencieros y bizarros, que lo mismo apuraban el vaso, refinados en el turgente seno de una desenvuelta escanciaría, que la rechazaban duramente al escuchar el són del clarín que les llamaba á la batalla.

Perdámeme, como he dicho, en estas trasnochadas imaginaciones, cuando vino á distraerme una inexplicable visión, un espectáculo por demas extravagante.

En una ventanuca mudejar, abierta en el segundo piso de una casa situada cerca de un gran arco de herradura, del que resta sólo el arranque, cubierto de hiedra, y que unió en lo antiguo al Albaycín con la Alhambra, haciendo el oficio que en Venecia hace todavía el histórico puente de los Suspiros, apareció una figura bellísima de mujer, ceñida la cabeza con una especie de turbante ó blanca toalla, cuyas vueltas, un tanto al descuido, ocultaban parte de su frente, y hacían caer los extremos del lienzo sobre sus hombros desnudos. Ceñíala un ropaje ó túnica azul, sin mangas, que permitía admirar el arranque de su brazo y de su seno, y brillaba en su cuello, un si es no es delgado, pero de líneas irreprochables, un grueso collar á modo de retorcido calabrote. Involuntariamente recordé aquel oriental de Arolas:

En un bosque de acacias templadoras
Plañala, como vírgen de Jodas,
Con la túnica azul de las pastoras
Que bebea del torrente de Sarea.

Mirábala yo atentamente, á trueque de provocar su risa ó la chacota de los pequeñuelos que jugaban en las alcantarillas, cuando noté que se fijaban en mí sus grandes ojos, un tanto vagos, y que, levantando su mano pequeña á la altura de la boca, comenzó á hacerme expresivas señas. En vano procuré pintar mi asombro y el extraño efecto que mi prodigioso escena tan original y romanesca; aquella mujer no podía confundirse con una de esas traviesas sirenas que arrastran al abismo al transeunte; había algo en ella que alejaba la idea de lo vulgar y de lo pecaminoso.

Devanábame yo los sesos pensando todo esto, cuando vi aparecer tras de ella un trasunto de Otelo, moreno y barbudo, que con torpe familiaridad y cruda rudeza, quitóla de la ventana de un tiron y se hundió en las sombras rápidamente.

Yo permanecí inmóvil un buen espacio de tiempo, creyéndome víctima de nuevas alucinaciones y contemplando embobado la ventana desierta. El hombre y la mujer no volvieron á aparecer en ella.

Inútiles fueron cuantas preguntas hice, al día siguiente, acerca de aquella aparición tan fantástica y misteriosa, y hubo momentos en que creí que todo ello sólo había sido una pasajera alucinación provocada por mis anacrónicas imaginaciones. Sabido es que en Granada no quedan más moros que los gigantes que abren el paso en la procesion de las cuevas del Sacro Monte. Era, pues, preciso relegar al olvido á la amable sultana de la túnica azul y al que yo creía sultan celoso, capaz de descabear, por quitarme allí esas pajas, otros cuantos abencerajes.

La casualidad no quiso, á pesar de todo, que yo saliese de Granada sin conocer el interesante drama en que había servido de comparsa, y voy á contar á ustedes cómo acontecíó esto.

Pocos días después de los sucesos referidos, un copista de fondos moriscos, que habitaba en mi mismo hotel, y á quien su esposa, jóven y hechicera, pintaba las figuras de sus lienzos, no del todo desmanadamente, propúsome una visita á los Adarves y á la plataforma de la Torre de la Vela.

Celebrábase á la sazón no sé que fiesta popular, y la histórica torre era objeto de una especie de peregrinación para las mozas y mozos del pueblo. Grupos alegres de granadinos subían cantando por las deliciosas cuevas de la Alhambra, animándolas con el són del adufe y de la guitarra.

Acepté gustoso la oferta, y como del hotel Washington á la antigua Alcazaba sólo hay un paso cubierto de flores, nos encontramos al poco tiempo á la puerta de la célebre torre, confundidos con aquella multitud decidora y bulliçiosa, cuyos pintorescos trajes recordaban en más de un detalle á los antiguos súbditos de los Nazaritas.

La simpática torre de las tradiciones no tiene, como ya he dicho antes de ahora, nada que la haga notable, más que las encantadas vistas que se descubren desde su plataforma, y el agradable són de su campana, que nos extrañó oír en pleno día. A pesar de medir sólo 82 pies de altura, su situación es tan acertada, que los ojos pueden abarcar sin esfuerzo el vasto panorama que limitan Sierra Nevada y Sierra Elvira, las riuiseñas lontananzas de los pueblos cercanos y los campos que bordan el Darro y el Genil con sus estrechas cintas de oro y plata.

La hermosa vega que vió las hazañas de Garcilaso; las alturas en que perdió la vida el bueno de D. Alonso Aguilar, el de Ecija; los llanos de Santa Fe y los caminos explorados por los Ponces y Pulgares, se ofrecen al observador en sucesion primorosa, casi á vista de pájaro, del mismo modo que los contornos del Albaycín y los alrededores de la Alhambra. Huertas henchidas de árboles frutales, bosquecillos de naranjos y limoneros, pueblitos tendidos acá y allá como grupos de cisnes que acaban de salir de la laguna, completan esta deliciosa perspectiva, comparada por Ibn-Batuta con Cachemira y Samarcanda, y por Pedro Mártir con los Eliseos.

Imposible es dejar de recordar aquel célebre cerco, que de tan poética manera describió Hita, cuando la vista se desparrama por la campiña de Santa Fe, donde, según nos dice: *El rey D. Fernando asentó su real, y le fortificó con muy gran discrecion y conforme práctica de milicia.* Yo comencé á evocar tan gratos recuerdos, y mi amigo, el pintor de fondos moriscos, en la imposibilidad de copiar los cambiantes de plata de Sierra Nevada, se entretuvo en contemplar la campana que ha sustituido á la que mandaron colocar los Reyes Católicos, y en cuyo derredor se agrupaban las muchachas para tocarla. No sé si he dicho á ustedes que en Granada existe la preocupación de que la doncella que toca, en ciertos días, la campana de la Vela, se casa irremisiblemente dentro del año.

Iba yo á leer á la señora de mi amigo el conocido romance:

Cercada está Santa Fe
Con mucho lienzo encerrado, etc.

cuando sentimos un gran tropel que partía de la escalerilla de la torre, y vimos aparecer en la explanada, en són de alarma, varios grupos de mozos y mozas, que exclamaron distintamente, oprimiéndose unos á otros contra los pretilos:

— ¡La loca, la loca!...

— Nos pusimos en guarda, por instinto. En efecto, si alguna furia venia á visitarnos á semejante altura, el lance no hubiera tenido nada de gustoso; observamos, pues, como todos, la escalera, y pronto nos tranquilizamos completamente.

La loca era una pobre niña, riuiseña y graciosa, que contemplaba á unos y á otros con extremada dulzura, y que daba con tranquilidad el brazo á una anciana, que debía ser su madre, y á un manecbo de negra barba, que tenía su mismo entrecejo; era, en fin, la hermosa de la túnica azul, la jóven que había sido sorprendida haciéndose señas: la sultana de la Carrera del Darro.

Fué tal la impresion que me causó el encuentro, que olvidé los versos del libro de Hita y cometí la torpeza de acercarme al campanario; ella, entre tanto, se adelantó sonriendo hacia la espadaña, y tiró de la cuerda suavemente: el són metálico de la campana la hizo caer en una especie de extasis, del que se aprovecharon para separarla de aquel sitio; la anciana que la acompañaba se enjugó una lágrima que resbalaba silenciosamente por sus mejillas; el hombre de la barba bajó los ojos, sin duda para ocultar la emociion de que se sentía embargado.

Inmediatamente aquel grupo, un tanto estatuario, volvió á atravesar por entre la muchedumbre que ocupaba la plataforma de la torre, y desapareció por el vano de la escalera.

Yo quise seguirle, pero me detuvo una consideracion, que deduje de la extraña indiferencia con que pasó ante mí la que yo creí perla morisca.

No vivia en la tierra seguramente el amor que ella buscaba.

Pasados los primeros momentos de expectation, reuníronse los murmuradores en corrillo y pudimos saber la historia de la pobre loca.

No podía ser más interesante ni sencilla. Enamorada de un jóven noble y rico, había ido á la Torre por primera vez hacia tres años, logrando á las pocas semanas que se le declarase su pretendiente. Pero no es tan fácil conservar un novio como conseguirlo, y el caprichoso aristócrata, la había olvidado bonitamente, llevando su crudeza al extremo de casarse con otra, celebrando su boda en una casa de la Carrera, frente por frente á la humilde morada de la niña.

Aquella accion alevosa había trastornado el cerebro de la pobre jóven.

Todos los años, cuando llegaba la fiesta de la Encarnacion ó otras similares, su cariñosa madre y su buen hermano la acompañaban á aquel lugar, con objeto de que satisficiese la única mania pertinaz que la dominaba: la de oír el són de la campana de la Vela. Su locura era apacible y tranquila; sólo se manifestaba en los detalles que os he referido; cuando se colocaba su toalla á modo de turbante creíase una sultana asediada por los rondadores.

Meditando en tan melancólica historieta, dimos la última ojeada en los cuatro ángulos de la Torre, y supimos por el viejo torrero dónde se hallaba la antigua campana, cómo se reglamentaban los riegos en la vega. Después descendimos por la estrecha y difícil escalera de la antigua vigía, hallándonos á poco en la plaza de los Aljibes.

Yo abrí mi libro de memorias y escribí un nombre y una fecha: la hoja la he roto al terminar este apunte.

BENITO MÁZ Y PRAT.

Junio de 1883.

SHAKESPEARE EN ESPAÑA.

(CONTINUACION.)

Éramos, en la época en que Ducis llevaba el primero á la escena francesa las obras ó el nombre del poeta de Stratford, tan fieles imitadores de nuestros vecinos, con tan servil interés seguíamos el movimiento de la literatura dramática aliende los Pirineos, que no bien el éxito sancionó el atrevimiento del au-

tor de *Edipo*, nos apresuramos á traducir sus obras y á hacerlas representar en nuestra escena.

Fué el primero en emprender la traducción del *Hamlet*, de Ducis, el famosísimo y siempre celebrado D. Ramon de la Cruz, quien en los principios de su carrera literaria, cuando aún no había encontrado el género para que había nacido, era muy dado á componer obras de largo aliento, sintiendo vocación decidida á las tablas, y deseando, como todo el que empieza, acometer lo más difícil, y llegar de un salto á las inaccesibles alturas del arte dramático. Esta traducción, que con el nombre de *Hamlet* hizo don Ramon de la Cruz, se ha perdido, y cuando Moratin hacia su catálogo, en 1825, habla de ella sólo por incidencia, y sospechando si una traducción anónima de la misma obra será el *Hamlet* de D. Ramon (1).

Lo que sí es indudable que el *Hamlet* de Ducis se tradujo, en muy malos versos por cierto, y se representó, pues en el archivo del Ayuntamiento de Madrid se conserva una copia manuscrita de *Hamlet*, *tragedia en cinco actos, traducida del francés por F. M. C.* Que sea ó no el mismo de D. Ramon de la Cruz es cosa de poca monta y en que no hemos de parar la atención, pues aquí lo importante, tratándose de obra de tan escaso mérito, es saber si, en efecto, al mismo tiempo que en Francia, y áun por medio del mismo intérprete, apareció Shakespeare en la escena española, y de esto podemos estar completamente seguros, pues la citada traducción sigue fielmente la obra francesa, y de que se representó no cabe duda, por cuanto en el manuscrito, que es de 1825, ademas de las indicaciones y advertencias marginales para la dirección del espectáculo, vese al frente el reparto de los papeles, que estaban á cargo de actores muy conocidos, como Luna, encargado del protagonista, y la Rodríguez, que hacía el papel de Ofelia.

Entre los que entonces se dedicaban á traducir para nuestra escena figura en lugar muy distinguido, como insigne poeta é inimitable traductor de Alfieri, un humilde apuntador del teatro del Príncipe, el único á quien el irascible Maiquez oía con respeto en materias de arte, y es conocido en las letras con el nombre de D. Dionisio Solís.

Don Dionisio Villanueva y Ochoa, conocido con el sobrenombre de Solís, nació en Córdoba en 1774 (2). Estudió Humanidades en Sevilla, bajo la dirección de D. Justino Matute y Gaviria, amigo de Forner. A los quince años había ya traducido algunas odas de Horacio en verso castellano, y á pesar de su corta edad, con tal arte manejaba ya la versificación, que Forner lo llamaba á Fray Luis de Leon, y en tal sentido le regalaba *Leon moderno*. La escasa fortuna de sus padres hubo de obligarle á dar treguas á sus aficiones literarias, y después de un año consagrado al estudio de la Música, por no ser gravoso á su familia se contrató como violinista con una compañía de cómicos, y se fué á Valencia. En esta ciudad compuso una tonadilla muy bien recibida, y seducido por los encantos de la vida errante de la farándula, que, en medio de sus miserias, le permitía cultivar el trato de las Musas, no pensó ya en abandonar su nueva vida, sino ántes bien en continuarla y ver de prosperar en la única carrera que para atender á su sustento no le obligaba á renunciar á sus aficiones.

Vemóse ya, en 1799, de primer apuntador en el teatro de la Cruz, y un año después da á la escena una traducción del alemán, es decir, de la traducción francesa que de esta obra se había hecho. Solís, que conocía muy bien las tablas, como quien en ellas se pasaba la vida, sabía que para el teatro no deben hacerse traducciones, sino arreglos, y por eso, con gran acierto, hizo del drama en cuestion un arreglo que no llegaba, ni con mucho, en cuanto á libertades del traductor se refería, á lo que hemos visto hacer á Ducis con las obras de Shakespeare. Adoptó Solís, como más conforme con nuestra tradición dramática, la division en tres actos en vez de cinco, según tenía la obra original, y salvo alguna que otra modificación motivada por el nuevo arreglo, tradujo en bellísimos versos el drama, que subió á las tablas con el título de *Misanthropía y arrepentimiento*. El éxito más lisonjero coronó esta su primer tentativa; mas no bastó, así este triunfo como los que en el resto de su vida consiguió en la escena, á sacarle de la humilde posición á que debía el diario sustento.

Es por demas sabido que en la clásica tierra de Cervantes la literatura, como no venga ayudada de otra cosa, á nadie da de comer por sí sola, y nuestro Solís, si hubiera abandonado la concha del apuntador, es muy posible que, con ser consumado humanista, y lo que áun era entonces más raro, con saber frances, inglés é italiano, se hubiera visto en gran apuro si había de dar pan á sus hijos. No es nuestro ánimo, ni la especial índole de este trabajo lo permitiría, hacer un largo análisis de los trabajos de Solís, distin-

guidísimo literato, cuyo mérito crece y se hace digno de más alto elogio teniendo en cuenta la época de tristísima decadencia en que vivió y la abominable corrupción del gusto que produjo por este tiempo el disparatado teatro de Comella y sus afines. En medio de esta general ruina, ¡cuán simpática parece la figura del modesto apuntador del teatro de la Cruz, el cual, olvidado de cuanto le rodeaba, y atento sólo á los eternos modelos que la clásica antigüedad y nuestro siglo de oro nos legaran, inspirase en ellos, huye del mismo gusto que todo lo invade, y logra, á pesar de ir contra la corriente, imponer su opinion y hacerse aplaudir! Entre las muchas obras francesas é italianas que tradujo, ocupa lugar principalmente la insuperable version que del *Orestes*, de Alfieri, hizo para nuestra escena. Cree Hartzenbusch que, si el poeta italiano escribiera en español, no hubiera hecho nada mejor que Solís, ni hubiera encontrado medio de expresar con más energía y vigor sus pensamientos que el humilde refundidor del teatro clásico. Entre las obras que del frances arregló para nuestra escena figuran el *Romeo y Julieta* y *Zenair* (en vez de *Abufar*), ó *la familia árabe*, ambas de Ducis.

No debió ser el *Romeo y Julieta*, de Solís, tan celebrado como sus otras traducciones, por cuanto sólo Moratin en su *Catálogo* lo cita, y ni Hartzenbusch lo nombra en la noticia que consagra á Solís al frente de sus poesías en el tomo III de los *Poetas líricos del siglo XVIII*. El drama, sin embargo, anda impreso, y si bien no dice el nombre del traductor, al menos en el ejemplar que poseo (3) claramente se ve, por la belleza de los versos, que es del *Leon moderno*, del inimitable traductor de Alfieri. Por lo demas, en esta obra sigue Solís fielmente la tragedia de Ducis, dejando de tal modo, ya no digamos el drama, pero el mismo argumento de la obra original, que, á no llevar igual título, á nadie se le ocurriría que es aquella la lamentable historia de los amantes de Verona. El trágico frances, á quien tanto asustaba la idea de ensangrentar la escena, no se anduvo aquí con muchos miramientos, y pareciéndole pequeña y trivial la catástrofe del drama de Shakespeare, acumuló horrores sobre horrores. Copió íntegro, nada ménos que de la *Divina Comedia*, el célebre episodio del conde Hugolino, aplicándose al padre de Romeo, sin más diferencia que dejarle con vida después de ver morir de hambre á sus hijos, para que pueda venir á contarle al teatro y culpar de tan horrendo crimen á los Capuletos, cuyo jefe es el padre de la infeliz Julieta.

Es por demas curioso este episodio, y como muestra de los versos de Solís, merece copiarse. Romeo ha dado muerte al hermano de Julieta (en la obra inglesa, como se recordará, se contentó el autor con que el muerto fuese primo de la amada de Romeo; el autor frances necesitaba más próximo parentesco); pero la magnanimidad de Capuleto es tal, que, oyendo los ruegos del Príncipe, consiente, á trueque de poner término de una vez á la lucha con los Montecchi, que tanta sangre ha costado ya á ambas familias, en perdonar al matador, concediéndole, á pesar de su crimen, la mano de Julieta. Romeo da mil gracias al cielo; la felicidad, que para siempre juzgaba perdida, muéstrale de nuevo su faz sonriente; pero cuán grande es su desengaño cuando su padre, el feroz Montegon, autor de todas las desgracias de ambos amantes, le dice que su venganza no está consumada, y á fin de comunicar á Romeo el mismo furor que á él le domina, recuérdale la horrible muerte de sus hermanos en la torre de Pisa:

MONTÉGON. De este fatal reinuto,
Al palacio de Pisa hui con ellos;
Allí la furia y vengador encono
Con sangriento rencor me persiguieron;
Un sagaz monstruo, un inhumano tigre,
Supuso que yo fuese el turbulento
Origen de un motin, y de una torre
En el oscuro subterráneo horrendo,
Inocente y sin pruebas me encerraron.
¿Con vuestros hijos?

ROMEO. ¡Ay! Escucha el resto:
MONTÉGON. Allí pasamos tres amargos días,
Cuando, agitado de terror mi pecho,
Un sueño tenebroso me presenta
Que redobla el furor de mis tormentos.
Tiemblo y despierto, y en mi seno busco
El horrible temor que estoy sintiendo;
Yo no le encuentro en mí; corro azorado
Donde mis hijos duermen, y su aspecto,
Y su ademan y dolorosa angustia,
Me declararon mi destino horrendo.
Allí dormidos, al rigor del hambre,
Páidos espirando, en ronco acento
Clamaban: ¡padre! y derramaban llanto.
Rumor se escucha entonces, y al momento
Despiertan, y se abrazan, esperando
Que llegase el piadoso carcelero
A sostener su faliente vida.
Callan, y escucho, y palpitando advierto
Al resonante golpe de las picas,

(3) *Romeo y Julieta*, tragedia en cinco actos, traducida del frances.—Barcelona, 1820.

Y de las piedras al rodar violento,
Que de la torre las antiguas puertas
Para siempre cerraban los perversos
Horrorosas murallas fabricando.
Sin llanto emudecí, triste muriendo,
Vuelvo los ojos y á mis hijos miro,
Que lloraban su mal, cuando en silencio
Yo ocultaba mis lágrimas. Entonces,
Cien veces espiré: murió Dolver;
Murió Severo, y espiró Raimundo,
Y yo bebi su sangre en alimento;
Vacilando, Reinaldo se levanta,
Y en mí clavando su mirar tremendo:
¡Vive, que tú nos vengarás! ¡oh padre!
Dijo, y lanzó su postrimer aliento.
¡Que es lo que oigo, gran Dios!

ROMEO.
MONTÉGON.

Yo solamente
Quedé con vida en tan fatal encierro.
Pero indignado de vivir, y entonces,
Arrastrando, llorando, repitiendo
Mis voces, y las sombras abrazando,
Ya estrechaba conmigo á los horrendos
Cadáveres queridos; y ya besaba
Sus yertos labios; y á la par con ellos
Sobre la tierra funeral tendido,
Lograba, en fin, un doloroso sueño;
Hasta que á libertarme, de improviso,
Mis amigos intrépidos corrieron.

(Acto IV, esc. v.)

Es, como se ve, la horrible historia que el conde Hugolino refiere á Dante en el canto XXXIII del *Inferno*. En verdad sólo al trágico frances pudo ocurrírsele hacer de ella un episodio de la patética leyenda de los amantes de Verona, juntando en una dos tradiciones, que si algo pueden tener de comun es la patria, pero que, por lo demas, en nada se relaciona la una con la otra. La traducción de Solís merece singular elogio, pues ni un momento decae; la versificación siempre robusta y sonora, la entonación poética, que ni un momento le abandona, hacen aún hoy agradable la lectura de su traducción, considerándola, no como reproducción de una obra de Shakespeare, sino de una tragedia francesa de muy escaso mérito, en que el autor no ha dado muestra de buen gusto al desnaturalizar y mutilar con tan poco arte una de las más poéticas leyendas que debemos á la Italia del Renacimiento. No sólo á traducciones limitó Solís sus trabajos, pues, ademas de muchos y muy notables versos líricos publicados en la *Biblioteca de Autores Españoles*, compuso tambien una tragedia, que Gil de Zárate encontraba admirablemente versificada; mas por haberse escrito cuando ya en el teatro no gustaban las tragedias, no se llegó á representar, ni tengo noticia de que se haya impreso.

(Se continuará.)

DANIEL LOPEZ.

LOS YANKEES.

III.

LA PRENSA.



OR medio de la prensa manifiesta el yankee sus pensamientos, necesidades y caprichos sin excepcion alguna: utiliza el periódico para pedir caudal, empleo, comprador, socio, cocinera, novia y mujer.

A menudo anuncian los diarios cosas tan estupendas como los polvos para fabricar sardinas, que anunció un chusco en los periódicos de Madrid. Pero la parte más característica y original de las secciones en que se divide un periódico norte-americano es la de anuncios *personales*, dedicada á servir de conducto á las citas, á las galanterías, á las injurias y á los misterios. Copiare, por ser materia curiosa, algunos de estos anuncios:

«Un apuesto joven necesita el empleo de yerno en una familia rica; no tiene inconveniente en ir á pasar el verano en el campo ó en Europa. Escríbase á X. I. Z., en la oficina de *The Herald*, por tres días ó más, si fuere preciso.»

«Una señora casada da lecciones de inglés á los extranjeros, á cualquier hora del día ó de la noche, mediante el pago adelantado de quince pesos cada semana. H. N. O. Número 187. Lista de este periódico.»

«M.: Hoy me separo de mis padres y pongo á tu disposición mi casa en el hotel. Te adora tu prometida K.»

«La señorita que iba en uno de los carros azules que pasan por la calle 14.ª, ayer, á las nueve y cinco minutos de la mañana, será esperada durante tres días seguidos, á la misma hora, por el caballero de la corbata verde. Desde el número 618 al 624 de Broadway, en la acera.»

«Veinte tipos de belleza se necesitan en una oficina; sueldo, siete pesos á la semana. Box 2.701. P. O. No se admiten irlandesas ni judías.»

«No hay hombre más infame que el autor de la

(1) *Catálogo de piezas dramáticas representadas en España desde el principio del siglo XVIII hasta 1825.*

(2) *Poetas líricos del siglo XVIII*, t. III, en la *Biblioteca de Autores españoles*.

sus rayos una capa más densa de la envoltura terrestre, á 650^{m.m.m.} Y puesto que los rayos azules experimentan una pérdida mayor á su paso á través de la atmósfera que los rojos y amarillos, fácilmente se deduce que lo que llamamos luz blanca no es la suma ó conjunto de todas las radiaciones luminicas, sino tan sólo una parte de ellas, absorbiendo la atmósfera terrestre, y principalmente el vapor de agua, una cantidad considerable de la energía solar.

Residiendo, pues, el máximo de calor y de luz en la region azul del espectro, resulta que, si desapareciese la atmósfera terrestre, ó pudiéramos elevarnos sobre ella, veríamos el Sol de color azul; descubrimiento inesperado, que nos enseña cuántos misterios ha de revelarnos todavía el maravilloso método analítico de la descomposicion de la luz por medio del prisma.

AUGUSTO T. ARCIMIS.

SHAKESPEARE EN ESPAÑA.

(CONTINUACION.)



UERA de D. Dionisio Solís, los demás traductores que tuvo Ducis, entre nosotros apenas son conocidos, en lo cual, tal vez, salen ganando, pues lo que de ellos queda no bastaría á darles muy lisonjera fama. El *Macbeth*, que, como ya se ha dicho, fué tan mal recibido del público francés, cuenta entre nosotros nada ménos que tres traducciones, de las que sólo una he logrado ver. Es su autor un D. A. García, el cual, más erudito que todos sus colegas, ó pretendiendo al ménos demostrar que no ignoraba la historia de la obra que iba á desfigurarse nuevamente, la titula *Macbé* (sic), ó los *remordimientos, arreglada de la que en inglés escribió William Shakespeare, á la escena francesa por Mr. Ducis, y de ésta á la española, por A. García*. No debemos pasar adelante sin hacer ántes constar que el nuevo título de la obra es original del traductor español, quien debía ser muy partidario de los títulos ampliados, tan en boga en su tiempo y durante gran parte de nuestro siglo. Que el *Macbeth*, de Ducis, se representó con extraordinario éxito es indudable. Lo que no es tan fácil demostrar es cuál de las diferentes traducciones que con este propósito se hicieron fué la representada, ó si todas lo fueron, cuál mereció los honores de la repetición, arrojando á las demás de la escena. Cuando, en 1819, Maíquez salió desterrado de Madrid, ensayaba con gran entusiasmo el *Macbeth*, en el que nuestro famoso actor fundaba grandes esperanzas (1). Si era el ya citado de García, ó uno que dicen escribió Artaveitia, de quien sólo el nombre me fué dado averiguar, ó, en fin, el que tradujo Lacalle (2), no puede asegurarse; pero dado el inferior mérito de la traducción de García y del *Otelo* que conocemos de Lacalle, no merece tampoco ocuparnos mucho el dilucidarlo. Lo importante es saber que nuestro público se dejaba conducir más fácilmente que el de Ducis por la *sangrienta vía del terror*, sin escandalizarse ni temer que la impresion fuese demasiado fuerte. Contaba Shakespeare, ó lo que pretendía parecésele, con la libre tradicion de nuestro teatro, donde nunca pudo el clasicismo echar raíces, ni siquiera agradar, logrando sólo alguna vez, y gracias al genio superior de actores eminentes, triunfos pasajeros, que no llegaron nunca á implantar entre nosotros y á dar vida propia á escuela tan retida y opuesta á nuestro carácter nacional.

Natural era que si las obras primeras de Ducis, y áun las que no habían alcanzado sino mediano éxito, encontraban tan pronto quien las tradujese y las llevase á nuestra escena, no había de caberle peor suerte al último y más aplaudido de sus arreglos, más celebrado cada día, gracias á la creciente fama de Talma, el cual había hecho de *Otelo* uno de sus papeles favoritos. Y, en efecto, un periodista y literato de Cádiz fué el encargado de verter á nuestro idioma la tragedia de Ducis, en que tanto había de distinguirse el famoso Maíquez. Llamábase D. Teodoro de Lacalle, muy conocido en 1812 por sus ideas avanzadas, lo cual le valió, á la vuelta de Fernando VII, ir á uno de los presidios de Africa, en union del insigne humanista Sanchez Barbero y de otros amigos suyos, muy conocidos después, por haber llegado casi todos á los más altos puestos del Estado. Vuelto á la libertad, no consiguió, ni en los tres llamados años, del veinte al veintitres, en que mandaron sus amigos, hacerse una posicion desahogada, viviendo siempre en lucha con la suerte, que, según parece, no le fué muy propicia (3). Antes de la invasion francesa sólo era co-

nocido por su traducción del *Otelo* de Ducis, pues de la del *Macbeth*, sólo en el *Catálogo* de Moratin se hace mencion. Tradujo tambien una tragedia de Arnault titulada *Blanca y Montcasin, ó los Venecianos*, que era una de las obras favoritas de Maíquez. Sabido es que nuestro gran actor era en extremo irascible, hasta el punto de contarse como cosa prodigiosa que no sólo llevase en paciencia, sino obedeciese puntualmente cuantas observaciones en lo relativo á su arte le hacia D. Dionisio Solís, de quien más arriba queda hecha mencion. Esta tragedia de *Blanca, ó los Venecianos*, en que Maíquez desempeñaba admirablemente el papel de Moncasin, dió lugar al poeta Arriaza, cuya enemistad con Maíquez es por demas famosa, á componer una larga sátira, titulada: *Reflexiones de extractos hechas en la tragedia de Blanca, ó los Venecianos* (4), en la que el autor aprovecha la ocasion para burlarse con mucha gracia del irritable Maíquez, á quien costaba una enfermedad cada una de estas bromas de su enemigo. Por lo demas, cumple decir, en honor de Arriaza, que no hay en sus sátiras violentos ataques contra el gran actor; mas conociendo el carácter de éste, fácil era prever que con sola la intencion casi bastaba para ponerlo fuera de sí. No cabe duda sino que Maíquez bramaria de coraje al leer estos versos, en que Arriaza describe la situacion de los personajes al final del acto tercero:

Blanca está lela, Moncasin celoso,
Capelo en habia, y regañando á trio
Se dicen poco, malo, turbeta y frito;
Se comunica á la luneta el hiello,
Y el telon, de fastidio, viene al suelo.

Pero siempre el poeta se dirige al autor, como en la graciosa exclamacion en que le hace proumpir el desenfance:

¡Y sólo á Moncasin le dan garrote!
¡Pues qué! ¿el autor no tiene su gañote?

Sin hacer causa comun con Arriaza en su enemiga contra Maíquez, es lo cierto que en su critica de la obra no le falta razon, pues la tal tragedia del ciudadano Arnault es de lo más insipido y frio que darse puede. Gracias al talento de Maíquez alcanzó cierta popularidad, que contribuía á sostener la simpatía de partido, pues era esta obra de las tenidas por más liberales, hasta el extremo de prohibirse terminantemente su representacion del veintitres al treinta y tres en los diez años de gobierno absoluto (5).

De cuanto hizo Lacalle, lo único que sobrevive es una epistola muy celebrada en su tiempo, donde se encuentran algunos rasgos felices y versos mucho mejores que los que conocemos de sus traducciones. Escribióla en el presidio de Alhucemas, en 1816, y está dirigida á D.ª María Manuela Prieto, con motivo de haberle ésta escrito consolándole y dándole ánimo para sobrelevar su desdicha. Era esta señora muy amiga de los liberales de más nota, y fué una de las cuatro damas que, en 1820, presentaron al triunfante Riego aquella corona cívica que tres años después vino á trocarse en la del martirio (6). Contábase entre sus amigos D. José María Calatrava, el desgraciado Sanchez Barbero, García Suelto, traductor de *El Cid* de Corneille, y nuestro Lacalle. Cuando á la vuelta del *Rey Desado* viéronse perseguidos y encarcelados sus amigos más ilustres, ella no los abandonó, ántes al contrario, acudió valientemente, con admirable constancia, á consolarlos y á remediar en lo posible su desdicha. Deportados á los presidios de Africa, ni áun allí faltó á los desterrados el dulce consuelo de la amistad; pues arrojando sus peligros á que vivía expuesto entónces el que sostenia relaciones con los liberales, mantuvo con ellos correspondencia D.ª María todo el tiempo que duró su desgracia. La *Epistola* de Lacalle fué escrita al recibir cartas de su generosa amiga, á quien ya habia costado más de un disgusto su noble conducta. En las cartas que le dirigian los desterrados, y en el cariñoso respeto con que siempre hablan de ella, se echa de ver toda la pureza y generosidad de estas relaciones, que manifiestan la nobleza del alma de D.ª María Prieto, siempre dispuesta á socorrer y ayudar, áun á riesgo de la propia existencia, á sus infortunados amigos.

Don Teodoro de Lacalle, más dichoso en esto que su malogrado compañero de destierro Sanchez Barbero, logró regresar á la Peninsula y presenciar el triunfo de su partido. Mas á esto sólo se redujo para él, contra lo que era de esperar, la vuelta de los liberales. A pesar de estar el poder en manos de sus amigos, Calatrava, Argüelles, y otros muchos, no logró el infeliz traductor de *Otelo* mejorar su

suerte y salir de la humilde posicion á que sus escasísimos bienes de fortuna le condenaban. No sabemos si vivia áun cuando, en 1847, murió, ya muy entrada en años, su antigua protectora D.ª María Manuela Prieto, si bien no es probable, pues no hubiera dejado de decirlo Hartzensbusch en el artículo en que por este mismo tiempo daba la biografía de la entusiasta amiga de los liberales.

Pero hablemos ya del *Otelo*, de todos olvidado hasta hace pocos años, que volviendo á la realidad de la vida los bochornosos tiempos de Carlos IV, merced al genio de uno de nuestros primeros novelistas, volvió también á aparecer en escena el *Otelo* de Lacalle, animado del inmortal aliento de la inspiracion artistica. Al describir Perez Galdós, en *La Corte de Carlos IV*, una representacion del *Otelo* de Lacalle por Maíquez, no se aparta un punto de la verdad histórica, dando así á su obra el eterno colorido de la realidad y de la naturaleza. Era ésta, en efecto, la obra en que más constantes y gloriosos triunfos consiguió el célebre actor, renovando en nuestra escena el aplauso alcanzado por Ducis en su patria. Y así como Lacalle habia traducido su obra de autor extranjero, merced al talento de Maíquez, desarrollado tambien y llevado á su perfeccion al lado de Talma, adquiria doble valor, quedando por siempre como uno de los más gloriosos timbres de su fama en el arte escénico. Del entusiasmo que Maíquez despertaba en esta obra puede juzgarse por lo que de él dice su biógrafo, al hablar de la perfeccion con que hacia el *Otelo*, exclama: «¡Qué pecho, por endurecido que estuviere, podia soportar el extremado terror que infundia *Otelo* en el quinto acto, en donde cada movimiento de Isidoro, áun el más leve, era un pensamiento, un mudo intérprete del feroz designio de aquel bárbaro africano! Su acento eminentemente trágico, aquellas inflexiones de voz, ya terribles, ya patéticas; aquel ¡*Edelmira!* (7) pronunciado de un modo que no se comprende, parece que áun resuenan en nuestros oídos» (8).

No hay que decir que el extraordinario éxito del *Otelo* de Ducis, así en Francia como en España, se debió principalmente al talento y extraordinarias dotes de los dos actores que en ambas naciones llevaron á tal altura el arte escénico, que son sus nombres el símbolo de la perfeccion artistica. Y esto merece notarse sobre todo en el *Otelo* de Lacalle, por ser esta obra de las que están peor versificadas, además de pésimamente traducida. Como brevísima muestra, copiaré el principio de la cancion de Edelmira en el quinto acto:

Al pié de un sauce Laura se apoyó,
Y de su amante lloró la locura.
¿Qué? ¡Yo le adoro y él me crea perjura!
¡Yo por él muero, el mi pena causó!
Cantad el sauce y su dulce verdura.

Otras veces expresa con fidelidad y hasta con energía el pensamiento del autor inglés. Al entrar *Otelo* para dar muerte á Edelmira, dice, contemplando la mortecina luz de la lámpara que ilumina débilmente la estancia:

Para resucitar la mortal llama
De esta luz, al instante nuevo fuego
Podría yo encontrar; mas si apagará
Esta llama que anima tu existencia,
Me sería posible el evitarla (9).

DANIEL LOPEZ.

(Se continuará.)

Los dolores de estómago, las digestiones difíciles, la anemia, se curan en algunos dias con el ELIXIR GREZ con quina, coca y pepina. (Medalla de los hospitales.) Paris, 34, rue de la Bruyère, y en todas las farmacias.

1878.—Exposicion Universal de Paris.—1878.

GRANDES INDUSTRIAS FRANCESES.

BOULET, LACROIX et C^o (MEDALLA DE ORO). Especialidad en maquinas para
TEJAS Y LADRILLOS.
28, rue des Ecluses St. Martin, Paris.
Envío del catálogo ilustrado á quien lo pida en carta franqueada.

BELVALLETTE hermanos & C^o.—Fabricantes de coches.—24, Avenue des Champs Elyses, Paris.—(MEDALLA DE ORO EN 1867).—Se envía franco el catálogo ilustrado.

L. DUMONT (MEDALLA DE PLATA). Bombas centrifugas: único premio concedido á las bombas en la clase 54, mecánica general.—55, rue Sedaine, Paris.

(1) Vida artistica de Isidoro Maíquez, por D. José de la Revilla.

(2) De este *Macbeth*, de Lacalle, no hay más noticia que el atribuírsele Moratin en su *Catálogo*. No sucede así con el *Otelo*, bien conocido, como muy pronto hemos de ver.

(3) *Noticia biográfica*, por Mesonero Romanos, en el tomo III de los *Poetas liricos del siglo XVIII*.

(4) Véase en el tomo III de los *Poetas liricos del siglo XVIII*.

(5) *Blanca y Montcasin, ó los Venecianos, tragedia en cinco actos, escrita en frances por el ciudadano Arnault, y traducida al castellano por D. Teodoro de Lacalle*.—Madrid, 1814.

(6) Acerca de esta señora puede verse un artículo de Hartzensbusch en la *Revista de España, de Indias y del Extranjero*, 1848, tomo XI; y el prólogo de las poesías del insigne humanista Sanchez Barbero, en el tomo II de la coleccion de *Poetas liricos del siglo XVIII*, ya citada.

(7) Nombre con que Ducis sustituyó el de Desdemona del drama inglés.

(8) Vida artistica de Isidoro Maíquez, por D. José de la Revilla, pág. 96.

(9) *Otelo*, tragedia en cinco actos, traducida del frances por Lacalle.—Valencia, 1821.

ticismo y amantándose con las lecturas de Larra y Espronceda; ella, que adoraba en Zorrilla y á Byron le llamaba el sublime cojo, fué la mujer de D. Pedro, gran cazador, hombre de bien, pero tan antiliterato, que á los poemas les llamaba *versos*.

No fué en su matrimonio nada feliz, ni hizo feliz á D. Pedro; vivieron en Toro veinte años, durante los cuales Aurora, más preocupada de la poesía que de la casa, sin ser fastuosa, consumió la fortuna del pobre Gomez, que reventó á consecuencia de habersele reventado una escopeta, y pasada la pena de los primeros momentos, Aurora, á pesar de sus cincuenta años, determinó dar pasto á sus horizontes poéticos y vino á Madrid á hacer lírica, comiéndose los 20.000 reales de renta que el difunto la había dejado. Conocía á Madrid porque había estado en sus juveniles; pero conocía aquel Madrid que iba al Liceo y á los salones de Villa-Hermosa; que se entusiasma cuando se recitaba al piano, acompañado del último pensamiento de Weber, aquello de

«Alabastros con cien astros, etc.»;

que llamaba la tienda mónstruo á la de Montalban; que oía la ópera en el teatro del Circo, y que se preocupaba mucho de una fracción política titulada los *ayacuchos*; y al encontrarse con el Madrid de los tranvías, del paseo de coches del Retiro y de los *restaurants* á la moda, sufrió una gran decepción, sobre todo cuando Fernán-Flor en *El Liberal* y Ortega Muñilla en *El Imparcial* se negaron á publicar ciertas composiciones suyas, tituladas, una *El Crepúsculo matutino*, y otra *A Una flor entreabierto*; sin embargo, no se desanimó, y puesto que la lírica parecía pasada de moda, se dedicó ardentemente á la novela, y en la novela al género realista, aunque español; ella ha dado á luz *La Fiesta de San Isidro*, *Esbrios y locos*, *La Yumba anticipada*, y otras cuantas narraciones que la permiten considerarse colega de Alarcón, Galdós y Valera.

La vida de la literata es sumamente atareada: vive en compañía de una señora pensionista, en la calle del Humilladero, y tiene un gabinete de trabajo que en nada se parece al de María de Staël, ni siquiera al de Emilia Pardo Bazan, pero que no deja de ser original.

La casa no tiene portería, aunque se suple esta dependencia por una industrial que vende felpudos de ruedo, zorros, palos largos de esos que sirven para limpiar los techos, fuelles, de los que está la válvula cubierta por una bayeta verde que sube y baja, según aspira ó inspira el artefacto; greda para quitar manchas, papel pintado y recortado para cubrir los vasares de cocina, representando á *Cava-ancha*, Gayarre y al *Sacamantecas*; algún romance de ciego, y para dar tono al cuadro, colgados de la pared y apestando á pino, varios especieros para la especetera, tres ralladores y algunos espejos de forma oval, reentrantes en su propia chapa, de esos que cuestan 45 céntimos, y son especialidad de las criadas y soldados.

Paréceme, lector, que para entrar al templo de lo lírico hay cierta prosa en la encargada del portal; pero aun así y todo, D.ª Aurora, que vive de lo convencional, siempre que entra y sale en su casa dice á la comerciante, conocida en el barrio por la *señal Brigida*: «Buenos días, ó buenas tardes, porterías».

Su cuarto, el de Aurora, no el de la portería, es un gabinete con alcoba. Para tener independencia, se sirve por la alcoba, que tiene una puerta de escape que da al pasillo, y la del gabinete que da á la sala, y que es puerta vidriera, por más señas, la tiene condenada por el sencillísimo procedimiento de tener adosado á ella un tocador, compuesto de una mesita-consola, encima de la que hay un espejo que gira, sujeto por los lados á dos columnas salomónicas. Destácase el espejo sobre un fondo verde, producto de unos visillos de percalina, y el todo armónico constituye lo que podríamos llamar el santuario de su belleza.

Encima de la mesa hay una botella de agua de Colonia, indudablemente de casa de Traviña; una caja de polvos de dientes de Quiroga, pomada de azahar, jabón de almendras dulces, y como si todo esto no fuera bastante, un frasco de aceite de bellotas con savia de coco ecuatorial.

Las sillas son de gutapercha; en lugar de sofá, tiene una banqueta con almohadones, que ella llama *otomana*; hay en el centro un velador maqueado, cuyo tablero representa un paseo en góndola por el canal de Venecia, debajo del palacio de los Dux; la mesa de escritorio es de cuatro patas y cinco cajones, de esas que todavía tienen barandilla; el tintero es de porcelana, y en un rincón, á la derecha, al lado de un *Diccionario de la Lengua* y del de la rima, tiene un reloj-despertador.

Hay en la pared varios cuadros: un retrato del difunto D. Pedro, en traje de caza, casi cubierto con un morral inmenso, y con una fisonomía tan estúpida, que si un pillete del barrio entrase en el cuarto de D.ª Aurora, no vacilaría en decir: *dos morrales*;

un retrato de Espronceda, de litografía, grabado al agua fuerte, en el que nuestro insigne poeta está con levita de talle bajo y ajustado, melena larga, cuellos altos y corbatín de tres ó cuatro vueltas; otro del sublime cojo, en igual ó parecida actitud, y además un grabado que representa la salida del sol, debajo del cual dice en letras perfiladas: *La Aurora*.

En este gabinete confecciona los partos de su ingenio nuestra poetisa, que ha logrado, como ántes he dicho á VV., publicar tres libros y varios artículos en el *Periódico para todos*, y áun en alguno político de los que pagan á 24 reales los de la hoja literaria.

Su vida, como ántes he indicado, es atareada: la mañana, hasta las nueve, la pasa en restaurarse; escribe hasta las once; á esa hora comienza á perseguir á los directores de periódicos, con el objeto de que le publiquen sus artículos; cuando logra una tarjeta para la tribuna de orden del Congreso, asiste en la primera fila, y siempre lleva gemelos de teatro; come á las seis, y luego va al café, al café, donde puede decirse que recibe, toda vez que algunos aprendices de literato con quienes se trata la hacen la tertulia, no sólo por conversar con ella de materias que con las letras se relacionan, sino porque concurre al café de Madrid en compañía de D.ª Cleofé, tuerta y viuda de un *vista*, que tiene una sobrina llamada Carmencita, nacida en Andújar, que lleva tres años paseando su inocencia por todos los cafés donde van señoras, y que, como no ha encontrado quien la lleve á la Vicaría, es una muchacha muy corriente, dispuesta á seguir una broma, y que á todo lo que se la pide contesta con cierto gracejo: *no ex molestia*.

Doña Aurora se rejuvencen en Carmencita, y si lograrse que siquiera aprendiera á servirse del metro más vil, de las seguidillas, sería dichosa. Pero en materia de seguidillas, Carmencita cree que no pueden más que bailarse, y este materialismo inunda de prosa el alma de nuestra heroína, que, según noticias fidedignas y recientes, va á abandonar el café de Madrid, porque aquella luz eléctrica es muy desengañada para las mujeres que han pasado de la primera juventud.

Aurora Rosado de Azulina es capaz de escribir un epitafio hasta al matrimonio civil, y en estos momentos sé que está preparando una composición al futuro vástago de la infanta D.ª Paz.

Además de este trabajo, prepara una novela de costumbres persas, titulada *Zoroastro*, que piensa dedicar al Presidente del Consejo, por cuyo conducto espera que se tomen algunos ejemplares en Fomento.

J. VALERO DE TORNOS.

SHAKESPEARE EN ESPAÑA.

(CONTINUACION.)

DE cuando en cuando aparecen algunos versos buenos, pero en general la versión es infelicísima y muy inferior á lo que el mismo Lallae podría haber hecho. Así en la epístola á D.ª María Manuela Prieto, como en la traducción de *Blanca y Montecasin*, se ve que, si no un poeta notable, es, por punto general, bastante discreto, y capaz, por tanto, de hacer algo mejor que la desgraciada traducción del *Otelo* de Ducis.

Aquella famosa guerra de la Independencia, testimonio irrefragable de cuanto puede el amor patrio, áun en las más tristes y calamitosas circunstancias, fué causa de grandes trastornos é innovaciones, no sólo en el régimen y constitución política de nuestra patria, sino en el natural desarrollo de las letras y las ciencias. Rompiéronse por modo violento las antiguas tradiciones; nuevos ideales lucieron en el horizonte de la política nacional, y á la recelosa suspicacia que ántes reinaba sucedió el criterio ámplio y libre de preocupaciones; principal beneficio de las modernas ideas. El continuo trato con franceses é ingleses que las contingencias de la guerra hacían necesario, promovió en gran manera entre nosotros el estudio de las lenguas de aquellas naciones; estudio que, si entonces pudo parecer accesorio y de mero recreo, había de ser en lo sucesivo necesidad urgente y perentoria, especialmente para los muchos liberales que, huyendo de las terribles represalias de sus enemigos victoriosos, hubieron de refugiarse en Inglaterra al terminar la efímera dominación de los *tres llamados años*.

Entre los emigrados españoles se contaban muchos y muy ilustres literatos, de los cuales algunos, con tal perfección y maestría llegaron á dominar la lengua inglesa, que alcanzaron nombre y fama entre aquellos naturales, tomando, por decirlo así, carta de naturaleza en la literatura británica al ocupar honoroso puesto entre los escritores de aquella nación. Por demás conocidos son los trabajos del español-inglés Blanco White, que en época anterior había emigrado

á la Gran Bretaña, el cual no sólo llegó á escribir en prosa con elegancia y soltura envidiadas áun de los ingleses, sino que, invadiendo los dominios de la poesía, enriqueció la literatura británica por medio de composiciones poéticas tan notables como aquel célebre soneto que de obra maestra calificaron unánimemente los críticos ingleses.

Y no fué el célebre canónigo el único español que, sin temor á las inmensas dificultades que la empresa ofrecía, acometiese denodadamente la conquista y dominio de una lengua tan distinta y apartada de la nuestra. Herrera Bustamante, Trueba y Cosío, y otros muchos cuyos nombres ya cen hoy sepultados en injusto olvido, figuran entre los escritores ingleses de aquel tiempo, y entre ellos, ocupando lugar distinguido, encontramos también el nombre de don José García de Villalta, á quien consagraremos particular atención en este estudio, pues así lo merece, no sólo por su rara valía, sino por haber sido el primero que introdujo en la escena española el teatro de Shakespeare.

Don José García de Villalta, á quien siempre mencionan con respeto sus contemporáneos, vino á España á la muerte de Fernando VII, después de haber permanecido en Inglaterra los diez largos años que duró la emigración liberal. Fué progresista de los más avanzados; fundó y dirigió un periódico titulado *El Labriego*, entre cuyos colaboradores figuraba Espronceda, antiguo é íntimo amigo de Villalta; colaboró en algunas revistas y periódicos liberales de entónces, y por último, en 1843 fué enviado, en calidad de representante de España, á Atenas, donde murió al poco tiempo.

Entre sus trabajos literarios, los originales son, además de la multitud de artículos políticos é himnos patrióticos publicados en *El Labriego*, una novela, que anteriormente había escrito en inglés, y que en español publicó poniéndole por título *El Golpe en vago, cuento de la XVIII centuria*, la cual ocupa nada menos que seis tomos, no siendo áun hoy raro encontrarla á la venta en las librerías. Esta novela, así como un drama histórico titulado *El Asirólogo de Valladolid*, escrito á la manera shakespeariana, con un ejército de personajes, tomados en su mayoría de la Historia, puede considerarse como muestra feliz de las facultades poéticas del autor, si bien acusa falta de aptitudes dramáticas, siendo la obra, en general, lánguida y falta de interés. Igual ó más desfavorable juicio nos merece la comedia en dos actos que, con el extravagante título de *Los Amores en 1790*, se representó en el teatro del Príncipe. Así en estas obras como en los muchos himnos patrióticos publicados en *El Labriego*, puede verse que Villalta era, no sólo versificador habilísimo, sino buen poeta, y si bien algun que otro verso duro se encuentra en sus poesías, la rotunda sonoridad de estrofas llenas de brío y entusiasmo compensa ámpliamente, y áun hace olvidar, aquellos defectos. Mas cuando hubo de probar en lid atrevida las fuerzas de su ingenio, fué en la traducción del *Macbeth*, que para el teatro del Príncipe escribió en 1838.

Eligió esta obra para su beneficio la célebre Matilde Diez, y de la importancia que entónces se dió al acontecimiento son testimonio, no sólo los anuncios y repetidas advertencias de los periódicos literarios del tiempo, y más especialmente del *Abenamar* y *El Estudiante*, que ántes de la representación publicó un artículo deseando buena suerte al autor, si bien augurando mal del resultado, sino también los preparativos y sacrificios de la Empresa á fin de *exornar* debidamente el espectáculo. Y paso por alto las dificultades no pequeñas que ofrecía el reparto de la obra, siendo de las mayores el conseguir que García Luna, primer actor de carácter, se encargase del papel de Macduff, lo cual hizo al cabo únicamente en obsequio de la *interesada* y del público, según textualmente rezaban los carteles. A fin de dar mayor variedad y hacer más ameno el espectáculo, en el acto cuarto se cantaba un coro nuevo, compuesto al intento por el maestro Basili, director de la orquesta del Liceo. Por fin, después de tantos preparativos y multitud de ensayos, habiéndose encargado de los papeles más importantes los mejores actores de nuestro teatro, pues el protagonista lo hacía Julian Roma y Lady Macbeth, Matilde Diez; Macduff era García Luna, y en segundo término estaban Bárbara Lamadrid y otros muchos que, andando el tiempo, habían de hacerse famosos, se anunció la tan ansiada representación para la noche del jueves 13 de Diciembre de 1838.

Llega por fin el momento en que Guillermo Shakespeare va á presentarse ante el público de Lope y Calderón con uno de sus mejores y más admirables dramas, no ya reducido á la extraña é incongruente forma que solía dar á sus arreglos el francés Ducis, por quien hasta entónces se había pretendido conocer las obras de Shakespeare; el poeta británico aparece ahora en todo el apogeo de su originalidad, con aquellos extravagantes coros de brujas, con las terrificas visiones que el remordimiento presenta por do

quiera á los ojos de Macbeth, con la feroz y salvaje ambición que tortura el alma de Lady Macbeth, y el singular cortejo de adivinos y guerreros, bufones y asesinos, que forman un segundo término sombrío y propio como ningún otro á la trágica leyenda de la antigua crónica escocesa. Y sucedió lo que no podía menos de suceder, lo que ya muchos habían previsto, dada la escasa cultura del público y el lamentable olvido del traductor, el cual parecía desconocer que es muy difícil, si no imposible, presentar íntegra en las tablas la traducción de un drama relativamente antiguo, sin someterla á las necesarias alteraciones que las diferencias de tiempo y de lugar exigen. Y, sin embargo, la traducción de Villalta, acocida la primera noche con una silba de que apenas hay memoria en los fastos teatrales de aquel tiempo, no sólo era admirable por entonces, sino que aún hoy continúa ocupando incontestablemente el primer lugar. El *Macbeth* de Villalta es muy superior á cuantas traducciones se publicaron posteriormente, entre las cuales hay alguna bastante apreciable.

(Se concluirá.)

DANIEL LÓPEZ.

LA QUINCENA PARISIENSE.

Madeleine-Bastille.

III.

LOS BOULEVARDS «DES CAPUCINES» ET «DES ITALIENS».

París, 25 Julio 1883.

ANTES de penetrar en estos dos boulevards, que llamáramos podría el *suprême du Boulevard* (como se dice en el dialecto culinario le *suprême de volailles*), porque en ellos se hallan los *restaurants* más finos para el estómago y el espíritu, el café Inglés, donde la cocina se eleva á la altura de un principio, y la *Librairie Nouvelle*, donde el *menu du jour* satisface hasta á las más eruditas; antes, digo, de analizar este resumen de París, este extracto del mundo, no puedo menos de hacerme la siguiente reflexión: ¿Qué sería de París si Luis XIV, el gran rey precursor de nuestro contemporáneo Haussmann, no hubiera decretado el trazado del *Boulevard*? ¡Qué inmenso, qué inapreciable, qué inconmensurable manantial de agio, de movimiento, de lujo desconocido sin el autócrata decreto del Rey-Sol! Acaso París, sin su arteria actual, que le da la vida, se hubiera convertido en ciudad jansenista, y la bufa *Univer* hubiera adormecido, entristecido sus calles más alegres. Acaso, y aún sin acaso, por cierto, sin el *Boulevard* el teatro francés hubiera, cual el nuestro, permanecido estacionario.

El *Boulevard* ha sido una *pepinette*, una verdadera granja-modelo para la escena y para los cómicos, al mismo tiempo que es para los productos del arte y de la industria una verdadera exposición permanente, anterior de mucho y superior á esas grandes ferias internacionales periódicas, á que composamos se da tal nombre, y que suelen ser, que son las más veces, concursos oficiales de pacotillas cosmopolitas.

Si el *Boulevard* (como en mi artículo II he dicho) fué construido *sobre y con* las ruinas de los antiguos balnearios, hoy ha pagado con creces los escumbros de su predecesor, que es, ha sido y será verdadero baluarte, elegante pero inagotable muro, contra la que se han estrellado, se estrellan y se estrellarán los neopositivos, las intolerancias de todos los despotismos de menor cuantía. En él se apedrea á los críticos de oficio, en él se silba á los revolucionarios, en él se acoge á todo el mundo, con tal de que el neófito jure y prometa abdicar de toda pretensión á singularizarse.

El *Boulevard* es el país del incógnito, el terreno neutro por excelencia, donde un cardenal cede á un limpiabotas, donde un *garroche* pide fuego á un rey, donde un príncipe archi-soberano sisea un *simon* y se mete en él con una modistilla, con una *horizontal* cualquiera, sin que ni nadie lo observe, ni nadie lo comente, ni á nadie le importe. El *Boulevard* es la tierra de la tolerancia, donde la igualdad impera, porque todos, grandes y chicos, al recorrerlo, abdican los primeros de su dignidad, ocultan los segundos sus culitas; en el *Boulevard*, ni se ve á un pobre, ni á un lacayo con librea, ni á nadie de uniforme; nadie pide, ni nadie da; todos toman algo; se compra y se vende de todo, desde trapo viejo hasta fama, desde agua fresca hasta honra; el *Boulevard* es un *Rastro* muy surtido, muy aseado, pero un *Rastro* donde los traperos están siempre vestidos de nuevo. Sin el *Boulevard* que hoy describo, París acaso tuviera toda su majestad, todo su esplendor, todo su poderío, pero le faltaría la más victoriosa de todas sus gracias: la sonrisa.

EL BOULEVARD DES CAPUCINES.

¡Qué inmenso bazar es el *Boulevard des Capucines*! No he de describir ninguna de sus tiendas; ¡para qué, si mis lectores, si el mundo entero las conoce? Giroux es el rey de los *Tiroleses*.

Vaillant-Rozeau y Labrousse luchan en aromas, se bombardean con flores; han hipotecado en sus almacenes el mes de Mayo, y de una acera á otra podrían tirarse tientos de las flores de todos los países del globo; piden, es cierto, por un botón de rosa, 5 francos; por un clavel en Enero, 5 duros; por una planta sencilla, 5 lises; pero dan cuanto se les encarga, y si se hallan caros sus precios de fantasía, contestan lo que no tiene respuesta: «Vaya V. á China á

buscar el nenúfar rosa: á Valencia, á escoger el clavel multicolor; á Parma, á oler violetas dobles, y á... París, pero en nuestras estufas, para hacerse de una rama de lila blanca de un metro de largo y tupida en Diciembre, cual de un rosa en Junio.»

La *Compagnie Lyonnaise* y Mad. Cavalry son talleres afanados entre las *fallas*; uno y otro establecimiento, *vous transformez une femme*, dan á sus trajes ese *no sé qué* parisiense que convierte á la mujer correcta, á la dama elegante, en extracto de *chic*, en perdición de los hombres.

El *Old England*, muy conocido por sus *patelots de chervettes* á 7 francos, sus saleros á 25 lises, la redacción archi-anglicana de sus anuncios, y sus coches colorados, especie de pirámides cerradas, totalmente cubiertas, donde va metido el desgraciado cochero, vestido, como mono de organillo, de amarillo y verde.

Jones, comerciante inglés, que por un mondadientes de madera es capaz de pedir el importe de nuestro presupuesto de gastos; el *Baron du Voyage*, purgatorio de los viajeros, que no sacan en él ánima sin arruinarse; el *Nain Jaune*, paraíso de la infancia, dock de la juguetería, depósito del *Maraís*, donde salen (como indiqué en mi última *Quincena*) el *article Paris*, que se expide en el *boulevard*; qué de soldados, qué de muñecas, qué de instrumentos, qué de chirimboles, qué de fieras, de payasos, de panoplias, hay en el *Nain Jaune*! Madres que me leéis, si sois pudientes, pasad por esa tienda; el menor artículo que en ella compréis será para vuestros chiquitines más que la credencial de un Ministerio ó de una Embajada para vuestros legítimos y dichosos poseedores.

Frente por frente de ese *Eunoio*, que tan dichosos ha hecho á más de un niño hoy tallado, extiéndese, cual bala de papel continuo, el *Grand Hôtel*.

Cada cual tiene su sistema. Respecto á alojamientos provisionales, cada cual tiene su opinión, todas muy respetables; la mía, que no por ser mía, sino por ser el fruto de la experiencia, por ser el resultado de veinte años de movimiento continuo, espero merezca la aprobación de mis lectores, héla aquí:

Entre los grandes *hôtels*, en los que el viajero es un número, y las casas de huéspedes, *family houses* ó *maisons garnies*, en las que el huésped es tratado con *sobrada confianza*, hay un término medio preferible para el forastero, donde si halla raras veces *comfort*, encuentra al menos sosiego, silencio, y por lo tanto, comodidad; es este término medio, el *hôtel* sin adjetivo pomposo; la fonda. Ciertamente es que en París, desde hace treinta años, se ha renovado el tipo clásico de las antiguas casas *où l'on logeait à pied et à cheval*; las más célebres eran incómodas (como lo son hoy, sin excepción alguna, todas las fondas de Madrid), construidas para inquilinos, y no para huéspedes, con corredores estrechos, con cuartos mal amueblados, mal distribuidos, con lujo vulgar ó charro. A estas viviendas sucedieron otras, que el gran falansterio, tipo de la dorada posada moderna, que se presentó con pretensiones de reformador, no ha destruido ni dañado en lo más mínimo; los *hôtels* tales como el de *Bristol*, el del *Rhin*, el de *Vendôme*, el de *Léonores*, el de *Meurice*, el de *Artauban*, y las más modestas, más *burguesas* fondas de *Baden*, de *Castilla*, de *Capucines*, por no citar hasta cinco.

El *Grand Hôtel* tiene, sin embargo, su razón de ser; corresponde al movimiento extraordinario de viajeros arrastrados por el vapor. Entre el coche-correo y el tren hay un abismo; para tan vertiginosa locomoción se inventó el laberíntico parador del *Boulevard des Capucines*. ¿Ha sido práctico el pensamiento? Tres Compañías que han administrado tan inmenso inmueble han quebrado ya. El *Hôtel Continental*, más lujoso, más aristocrático, más moderno, más confortable que su hermano mayor, se sostiene, gracias á las fiestas que en sus artesanos salones se dan durante todo el año; el *Grand Hôtel* vegeta, más que con los *huéspedes por temporada*, con los viajeros que salen y entran, van y vienen. Como apéndero es inimitable; en su salón de lectura se hallan todos los periódicos y revistas de Europa (de España se reciben LA ILUSTRACION, LA CORRESPONDENCIA, LA ÉPOCA y EL IMPARCIAL); se encuentra gritis *pepél*, sobres, cómodos pupitres donde despachar la correspondencia. En su animado patio, y sin salir del establecimiento, se hallan un buzon para las cartas, una oficina para la expedición de telegramas. Se come mal, pero con música, y se vive en el centro de París. Quien aquí venga por veinticuatro ó cuarenta y ocho horas, que desde luego pare en esta jaula espaciosa; pero quien se proponga hacer una larga estancia á orillas del Sena, vaya, yo se lo aconsejo, á una fonda donde el *bureau de réception* no le confirme, trocando su honrado apellido en un guarnismo seco.

La terraza del patio del *Grand Hôtel* representa, para los madrileños transeúntes, el salón de Conferencias del Congreso, el *foyer* del teatro Real, la Carrera de San Jerónimo, la Bolsa, el *Veloz-Club*, Lhardy y el café Suizo; en las gradas del patio que dan acceso á la terraza hay perpetuo grupo de hombres políticos de todos nuestros partidos, que hablan de Cánovas, de Sagasta, de los proyectos de la futura campaña parlamentaria; y en aquellos seis escalones, oyendo el *rum-run* de la fuente, el de las ruedas de los carruajes que entran y salen del *boulevard*, al són del timbre eléctrico que anuncia *aux hommes d'équipe* la llegada de nuevos viajeros, se ha consumado más de una alianza entre grupos afines de nuestra política, hasta se ha urdido más de una conspiración en la Península.

Allí se llevó á cabo, en Julio de 1866, la reconciliación de Olzaga y O'Donnell, que fué el prólogo de la revolución del 68; allí los conservadores de la revolución, los dinásticos de abolegno y los montpensieristas se entendieron para obtener la abdicación de D. Isabel II en favor de su augusto hijo; en el *Grand Hôtel* nació la legalidad que hoy todos los españoles acatan; en él Moret declaró por primera vez que se separaba de los antiguos radicales, dando así el primer azadonazo al partido republicano sensato, y fundando con su resolución una agrupación que es hoy un partido: la izquierda dinástica.

Mas dejemos á los políticos; subamos los escalones, y detengámonos en la terraza. A derecha ó izquierda de las puertas de entrada al salón de lectura veremos sentados sobre elásticos y muelles bancos de hierro á los gomosos más conocidos de la villa y corte, á las damas más ilustres de nuestra culta sociedad. Con la misma pasión que los padres graves critican ó defienden á Mártoz, á Romero Robledo, á Sardoal, á Navarro y Rodrigo, se ocupan los representantes de la *high life* de los que han llegado, de los que se fueron, de los que vendrán; y se comunican las noticias de San Sebastián, de la Granja, de Biarritz; y se comenta el escándalo que tuvo lugar en Spa, y se bordan las causas del divorcio que ha tenido por escena la playa de Trouville; y cansados de chismografía, se detallan *volantes*, se hacen cálculos para la *reunite*, se dan todas las opiniones posibles sobre el personal de la Compañía del Real, y al separarse los unos de los otros se citan para el *Bois* á las seis, para el café *Anglais* á las ocho, para el Teatro Francés á las nueve. En una palabra: el *Grand Hôtel* es, más que fonda para mis compatriotas, la reproducción lujosísima del antiguo *mesnadero* de nuestros antepasados; es las gradas, las covachuelas de San Felipe, barnizadas con el lujo parisiense de nuestra época.

Los cuartos bajos del *Grand Hôtel* están ocupados por tiendas y establecimientos públicos; el gran Estanco (*bureau de la Régie*), sitio único en París donde, á precios no muy exagerados, ofrece la Dirección de Estancadas productos de todos los fabricantes de cigarrillos de la Habana, tabaco puro, cigarrillos con ó sin boquilla, picadura de caporal, habano y rusa. Inmediatas á esta sucursal de la gran Tercera halláanse las *Caves du Grand Hôtel*; dicen que sus vinos no son malos, mas sólo los cándidos compran en París lo que por una tercera parte de precio pueden adquirir en sus mercados propios en Burdeos, en Cognac, en toda la provincia de Borgoña; al lado de la Bodega empieza el café de la Paix, que hace esquina á la *Place de l'Opéra*, y ocupa casi toda la manzana que forma la parte Oeste de esta hermosa plaza.

El café de la Paix ofrece á sus parroquianos excelentes almuerzos y bebidas, y refrescos delicados. Su admirable situación hace de este café, hoy cual ninguno en boga, campo neutral de todas las opiniones, lugar de cita de todas las clases sociales; junto al zurupeto expansivo que enseña en el bolsillo de su *veston* su *carrel* y su lápiz, que son sus armas en la lucha de la vida, se ve al correcto *clubman* pensando en las musarñas; cerca de la frisca ocupada por un *menage* provinciano, que traga con fruición un *bestiack aux pommes soufflées*, hallase una pareja *non sancta*; el chupa, más que come, un tronco de apio; ella lame y relame el guiso rojo oscuro que contiene una fuente de plata, *écrouissés á la Bordelaise*; los cangrejos así preparados son cocidos vivos y servidos con una salsa en la que domina el caldo de vino blanco, á la cebolla, la pimienta colorada de Cayena; es un plato que hace resucitar á una muerte; por eso es el condimento á la moda en los *restaurants* donde acuden *horizontales* y *semi-castors*;...; mas pasemos... *non ragionari di lor*.

Al atravesar la plaza, esperemos en el refugio que forma su centro, un claro, para evitar ser atropellados por *simones*, carros fúnebres, carretas, ómnibus, camiones y *huff-ressors*, y admiremos á nuestra izquierda la fachada principal de la Academia Nacional de Música; á la derecha, la perspectiva siempre animada de la Avenida de la Opera, régia vía construida en menos de un semestre, que desemboca en la *Place du Théâtre Français*, digno *trani-d'union* de las primeras escenas dramática y lírica de la República.

LA ILUSTRACION publicó á su debido tiempo el grabado del monumento elevado en París á Euterpe y á Terpsicore, á Erato y á Polimnia; monumento que tiene sobre la casa de D.ª Maria Monsiega la ventaja de poseer, á más de monumental fachada, un *foyer* donde se patina (tan encerrado está su entramado) y una escalera donde se oyen los acordes de una orquesta y aún, á veces, los *gallos* de los que se creen óptimos cantantes en la carrera lírica francesa. La sala de espectáculo propiamente dicha parece un manguito de la *Dulce Alianza*; ostenta más columnas que vértebra una rana; luce más oro que cobre produce Río-Tinto; sus palcos simulan nichos; el patio de butacas recuerda en grande á los de nuestros teatros-nacimientos; sus corredores espaciosos, oscuros, imitan á la perfección los pasillos de la cámara de popa de los *paquebots* de alto bordo.

Al atravesar la plaza topamos con la Redacción del *Gil Blas*, el más alegre de los diarios *boulevardiers*, dirigido por M. Dumont, venerable patriarca de la literatura *naturalista*. Desde que el estilo, por demas *libre*, que *El Gil Blas* adoptó, valió á su fundador dos meses de cárcel, el género pornográfico ha dejado de brillar en las columnas de tan popular hoja, sustituyendo á los cuantos *descalzos* artículos de costumbres de los primeros literatos de Francia. Théodore de Banville, Catulle Mendes, Armand Silvestre, Leon Chapron, Montjoyeux, Colombine, son hoy los principales colaboradores de M. Dumont; haciendo este conjunto de eminentes escritores un periódico que se lee con fruición, con ansia, con verdadero deleite por los aficionados á las bellas letras.

Me detengo aquí. En mi próxima carta seguiré describiendo el *Boulevard des Capucines*, y al entrar en el de los *Jolliers* subirá á la Redacción del *Gaulois*, que casi es mi casa, y diré á mis lectores cómo se confecciona un gran diario parisiense, en el que hace años tengo el honor de colaborar.

PEDRO DE PRAT.

LOS DESCALZOS EN AMÉRICA.

¡Vamos de Mollendo, costa del Perú, á La Paz, capital de Bolivia.

En el coche corrido, como todos los de aquellos ferrocarriles, que tantos millones han costado y tan contados

de ruinas; pero como de ellas salen apagados lamentos, se empeña en llamar á la infeliz, que no responde. Al fin, recuerda el nombre querido que le daba en su niñez, y éste tiene el encanto de que la pobre Julia lo escuche desde su tumba. Casi solo el joven, empieza á apartar ruinas y salva hasta once personas, sin conseguir encontrar á la hermana querida, cuya voz se apaga por momentos. Es herido en una pierna, y extendido de fuerzas, cae en desmayo. Cuando vuelve en sí, su hermana había muerto. La Baronesa de Ríseis, esposa del diputado-cuentero de la Cámara, tenía al lado suyo en el hotel á un hijo, mientras la niña más pequeña dormía el sueño de la inocencia. En él le sorprendió la muerte, y fué preciso una lucha para apartarla como loca del sitio del desastre. El Marqués Imperial entró con una escuadra de cazadores en las ruinas del Monte de la Misericordia, en cuyo patio medio destruido había quedado, sin embargo, en pie la campana que hacía las señales. La suena á repique, pero nadie responde. Todos habían muerto en el grande edificio. Sobre las ruinas del *thouso* de Casamicciola, los soldados encontraban, muchas horas después del desastre, un anciano sacerdote apoyado sobre los escombros, y que parecía sumido en profunda contemplación. El infeliz se había vuelto loco.

IV.

Un grito de horror han exhalado Roma é Italia ante tanta desventura. El Ministro de Obras Públicas, Comendador Genola, partió al primer aviso de la catástrofe. Llegado al sitio de ella, se pone al frente, con los dos mil hombres de tropas ya reunidos, de la salvacion de los heridos y de la obra de desenterrar cadáveres. Mas de setenta, vivos todavía, aunque muchos heridos, salen de los escombros amontonados. Pero esta empresa heroica cuesta más de treinta muertos y heridos á la tropa; y á los tres días de desenterrar cadáveres y de salvar los que han pasado sesenta horas sin alimento, de ellos algunos niños, la admosfera de la isla presenta tales miasmas, que las inmensas cantidades de cal, de cloruro, de brea y de resina empleadas no bastan á alejar los temores de una espantosa peste. Un consejo de autoridades presidido por el Ministro resuelve que no es posible continuar más tiempo la operacion peligrosísima, y que siendo un inmenso cementerio los diez kilómetros que forman las ruinas de los pueblos destruidos, hay que arrojar sobre tan dilatada superficie el manto de cal que cubre los sepulcros. Casamicciola y Florio no son otra cosa que una tumba. Pero como hay familias infinitas que aun esperan poder salvar algunos de los suyos, ó tener al ménos el consuelo de ver sus cadáveres, hay que transigir con este inmenso dolor, continuando sólo las excavaciones allí donde es posible.

Estos cuadros de horror no detienen en el cumplimiento de sus deberes al rey Humberto, á quien la noticia de la catástrofe ha llegado estando cazando en los Alpes. Hácese acompañar de sus dos ayudantes los generales Passi y Morra de Laviana; recoge en Alejandría al presidente del Consejo, Depretis, y en Capodimonte al ministro de Negocios Extranjeros, Mancini; pasa como una flecha por Roma, y acompañado además del ministro de Marina, Acton, se embarca en Nápoles, á bordo del *Explorador*, para Ischia. Allí lo ha querido visitar todo, pálido, conmovido, caminando un kilómetro y otro sobre verdaderos sepulcros abiertos y respondiendo á los que le imploran para que guarde su preciosa vida, que donde van sus valientes soldados, á riesgo de la muerte, va él tambien, porque ante la desventura todos somos iguales. Los campesinos de Ischia errantes por la isla, por el espanto les ha hecho huir hasta de habitar las cien barracas de madera construidas recientemente, lloraban con su príncipe y con el anciano Depretis. Para mayor emociion, otro temblor de tierra, pero que éste nada tenía ya que destruir, se sintió ayer en los antrros abiertos de Casamicciola y de Florio; y el Vesubio, envidioso del antiguo volcan Epomeo, amenazó anteoche con su lava las alturas de Torre del Greco, en ese delicioso y fatal á la vez golfu napolitano.

CONDE DE COELLO.

Roma, 2 de Agosto de 1881.

SHAKESPEARE EN ESPAÑA.

(CONCLUSION.)

se ocupaba á los críticos teatrales de entonces el relevante mérito de la traducción, y en un notable artículo que tres días después de la representación publicaba *Abenamar y el Estudiante*, al mismo tiempo que se daba cuenta de la serie de incidentes, principal causa de que la obra fuese *silbada con toda solemnidad*, se disculpaba al traductor diciendo sencillamente que el Sr. Villalta debía estar tranquilo en cuanto al mérito de su malhadado trabajo, pues el público, al protestar de modo tan violento, durante la representación, había silbado únicamente á aquel *celebre Shakespeare*, como decian los anuncios de la funcion, cuyo nombre aparecía por primera vez en los carteles sirviendo como de escudo y defensa á su obra (1). El desdichado éxito del *Macbeth* no fue parte á hacer que el traductor desalentado abando-

nase tarea tan difícil cuanto mal apreciada, pues algunos años después se ocupaba en la version del *Otelo*, que, por desgracia, no llegó á terminar, limitándose lo que de este drama conocemos á la primera escena, publicada en *El Pensamiento*, revista literaria redactada por Espronceda, Tasara, Miguel de los Santos y otros escritores insignes. Del alto aprecio en que tenían á Villalta y del concepto que su traducción del *Macbeth* les merecía da muestra la nota que acompaña los versos del *Otelo*, y que trascrita á la letra dice así: «Con satisfaccion presentamos al público la siguiente muestra de la importante version del *Otelo* de Shakespeare, en que actualmente se ocupa D. José García de Villalta, cuya traducción del *Macbeth*, en verso castellano, es uno de los mejores monumentos de nuestra literatura contemporánea.»

Si digna de todo elogio es la traducción del *Macbeth* por ofrecer en forma poética, fielmente traducida, una de las mejores obras del primer autor dramático moderno, las excesivas trabas á que parece haberse sujetado el traductor le priva, si bien muy raras veces, de aquella soltura y espontaneidad que por doquiera se advierten en el fragmento del *Otelo*.

He aquí ahora la escena en cuestion, que reproduzco íntegra por su raro mérito, comparable sólo al injusto olvido en que yace trabajo tan notable. Los lectores de LA ILUSTRACION verán seguramente con placer la más feliz muestra del ingenio poético de Villalta, nuestra gallardísima en verdad, cuyo mérito crece de todo punto, si se atiende á que al consagrarse á tales trabajos tenía que prescindir del gusto del público, obedeciendo tan sólo á las sugestiones de su talento y de algunos literatos insignes:

OTELO.

ACTO I.—ESCENA I.

NOCHIE.—VENECIA.—UNA CALLE.—ENTRAN RODRIGO Y YAGO.

RODRIGO. ¡Basta, basta por mi vida!
No esperaba yo que Yago,
Que siempre de mí bolsillo
Los cordones tuvo á mano,
Hablara de este negocio....
YAGO. Por San Jorge! Ya me callo,
Pues escucharme no quieres....
Repito que si he soñado
Siquiera con tal asunto,
Me aborrezcas.
RODRIGO. Pues muy claro
Me dijiste que le odiabas.
YAGO. ¡Desprecíame si te engaña!
Tres sujetos principales
De la ciudad le han hablado
Suplicándole me hiciera
Su lugarteniente, ¡Harto
Conozco mi precio yo,
Y sé que menos no valgo!
Pero en su orgullo y desígnios
No le plugo contentarlos;
Sus empeños admitió
Con festuosos relatos
De epitetos militares
Horriblemente cargados;
Y al fin les dijo: *En verdad,
Ya mi teniente he nombrado.*
¿Y quién era ese teniente?
Era ¡por Dios! un tal Casio,
Un muchacho florentino,
Antimetiquista vano.
A quien corteja la fama,
Pero que nunca en el campo
Vió ordenados escuadrones,
Ni más entiende de asaltos,
De batallas ni de guerras,
Que una niña de tres años;
Si ya no entiende en teorías,
Cual los padres del Senado,
Mera cháchara de libros
Sin práctica.... Mas el cargo
De lugarteniente obtuvo.
¡Y yo que supe hacer tanto,
A su vista, en Chipre, en Rodas,
Entre fieles y paganos,
He de quedar para siempre
Por el Moro postergado,
Sirviendo á su señoría
De ayudante!

RODRIGO. Más honrado
Me creyera yo si fuese
Su verdugo.
YAGO. Sin embargo,
Son las leyes del servicio;
Va el ascenso en padrinazgos,
En empeños, no por órden,
De modo que en cada grado
Heredas en los modernos
La plaza del veterano.
Ahora juzga si yo debo
Amar al Moro.
RODRIGO. Yo extraño
Que sigas á su servicio.
YAGO. Para mis fines lo hago.
Todos no han de ser señores,
Ni todos fines criados.
Verás aquí majaderos,
De fácil rodilla y labio,
Que adoran la servidumbre,
Y de la racion en cambio,
Pasan el tiempo contentos,
Como le pasará un asno,
Hasta que viejos los echan
Del servicio. Poco caso
Merece el ascenso.
Hay otros, que acostumbrados
A las formas y á los gestos
De la humildad, cuidan algo
Tambien la propia fortuna,

Y á sus jefes circundando
Con sombras de amor y celo,
Viven, medran, bien forrado
Se hallan su gaban un día....
Y entones feuidos y halagos
Sólo prestan á sí mismos.
De esos soy yo; y te declaro
Por el nombre de tu padre,
Que quisiera, á no ser Yago,
Ser el Moro. Yo le sigo
Por mis propios adelantos,
No por amor y virtud;
Pero fingir que le amo
Mis desígnios asegura:
Que si en el rostro pintados
He de llevar los del percho,
Color, sentimiento y actos,
Mas me valiera llevar
El corazon en la mano,
Para que me le picasen
A su voluntad los grajos.
No pienses que soy quien soy.
El de los getudos labios,
Venturoso está por cierto
Si así gana.

RODRIGO. Y ¿por qué diablos
No abortaras á ese padre?
YAGO. Sigue al Moro en todos lados;
Envenena sus deleites;
Nunca le dejes descansar;
Irrita la parentela;
Y ya que en clima templado
Vive y triunfa, con moscas
Infínica su regalo;
Y aunque goza sea su gozo,
Con la vejacion mezclado
Algun sabor perderá.
RODRIGO. Voy á sublevar el barrio.
YAGO. Esta es la casa del padre.
Pues ¡gritos y aldabonazos!
Con lúgubre voz y acento
Llama, y clama, y proclama
Cual aquel de las ciudades
Cuando á media noche acaso
Voraz fuego se descubre.

RODRIGO. *(Dando aldabonazos.)*
¡Hola! ¡Brabancio! ¡Brabancio!
YAGO. ¡Brabancio! ¡Despierta! ¡Hola!
¡Ladrones! ¡Ah! ¡Buen anciano,
Despierta ¡uéglo! ¡Ladrones!
Cuida de tu casa y sacos,
De tu mujer y tu hija.
¡Ladrones! ¡Pronto, Brabancio! *(Brabancio se asoma al balcon.)*

BRABANCIO. ¿Qué ruido es éste? ¿Qué pasa?
RODRIGO. ¿A qué ese estruendo y clamor?
BRABANCIO. Mirad si teneis, señor,
A vuestra familia en casa.
YAGO. ¿Está el cerrojo corrido?
YAGO. ¿Qué os importa ese cuidado?
YAGO. ¿Voto á tal! ¿Que os han robado!
¿Y áun no os echais el vestido?
¿Su pérdida no os aviva?
Un salvaje bedijudo
La estrecha en lascivo nudo.
¡Arriba, Brabancio! ¡Arriba!
Los vecinos la campana
Despierte tañida á vuelo,
O el demonio os hará abuelo
Antes que llegue mañana.

BRABANCIO. ¡Están locos á fe mía!
RODRIGO. ¿No me conocéis, señor?
BRABANCIO. Soy Rodrigo.
BRABANCIO. Ya es peor
De lo que ántes presumí.
No te he dicho que es en vano
Que me persigas así?
¿Que no es mi hija para tí,
Ni tuya será su mano?
No te lo he dicho? ¡Por qué,
Lleno de cena y bebida,
Rompes con voz atrevida
Mi descanso? Pero á fe....
RODRIGO. ¡Ah mi señor, mi señor!
BRABANCIO. ¿Que caro te costará.
Niñe así se mofará
Wildente de un senador.
RODRIGO. Los ladrones....

BRABANCIO. ¡Presto calle!
¿Y áun osado me atormenta?
¿Es mi casa alguna venta?
¿No está en Venecia mi calle?
RODRIGO. ¡Brabancio, con verdad hablo!
YAGO. ¿Sois un hombre ¡voto á brios!
¿Que no servirías á Dios
Como os lo mandára el diablo!
¡Mientras que bellaquería
Sospechais que aquí os aguja,
Desposará vuestra hija
Un corcel de Berbería.
Relinchará vuestra raza;
Vuestros nietos trotarán,
Y jacos unos serán,
Y otros caballos de caza.

BRABANCIO. ¡Lengua torpe! ¿Qué desdoro!
YAGO. ¿Sabéis que en suerte les cupo
Format amoroso estropo
A vuestra hija y al Moro.
BRABANCIO. ¿Eres infame! ¡Villano!
YAGO. Y vos sois.... ¡un senador!
BRABANCIO. ¿Responderás, por mi honor,
A las leyes y á mi mano!
BRABANCIO. ¿Tú responderás, Rodrigo!
A todo responderé.
RODRIGO. Mas también explicaré
Que me escuchéis como amigo.
Si fué vuestra inclinacion
Que en medio la noche oscura
Vuestra hija á la ventura
Huyese de su mansion,
Sin más órden ni decoro,
Sin más dueña ni escudero
Que por guardia un gondolero
Y no un senador....
Si tal quisierais, señor,
Confieso que os he faltado;
Mas si ignorais que ha llegado
Hasta ese punto su error,

(1) *Abenamar y el Estudiante*, 16 de Diciembre de 1838. El artículo citado anteriormente salió el 13, el mismo día de la representación, y ambos fueron escritos por Segovia, más adelante Secretario de la Academia Española. A pesar del fracaso de la primera noche, la obra se representó aún tres veces, desapareciendo luego de la escena y cayendo en el más injusto olvido, no obstante los elogios que literatos entendidos le tributaron por entones. Véase tambien la crítica de Enrique Gil publicada entones en *El Correo* y reimpressa últimamente en sus *Obras completas*, tom. II.

¿Cómo en falso yo cesaría
Hablaros tan sin mesura?
Su talento, su hermosura.
Su gracia, honor y dignidad,
Vuestra hija ha vinculado
En un oscuro extranjero,
En un negro aventurero
Que ahora mismo la ha robado.
Registrad la casa os ruego
Y ved si acaso mentí.

BRABANCIO. ¡Una luz! ¡Triste de mí!
¡Oscuro preside! ¡Echad fuego!
¡Todo el mundo se levante!
¡Luces, luces! ¡Me han vendido!
¿Se habrá mi ensueño cumplido?
¡Luces, luces! ¡Se retira Brabancio del balcón.)

YAGO. ¡Ya es bastante!
A retirarme de aquí
Voy mal grado el buen deseo,
Pues el lustre del empleo
No permitiera que a mí
Me oyesen como testigo
Contra el Moro. Bien pesado
Tengo lo que es el Senado,
Y sé que aunque algún castigo
Le quisieran imponer
Los ilustres senadores,
Sofocarán sus rencores
Sin llegarle a deponer.
Que es imposible encontrar,
Búsquese por mar ó tierra,
Un caudillo que en la guerra
Pueda decirse su par.
Chipre amenaza triunfante.
Yo, Rodrigo, te protesto
Que á ese Moro más detesto
Que al infierno; mi semblante,
Signos, empero, de amor
Ha de ofrecerte benéficos;
Mas tú verás que son signos
Y mera forma y color.
Hacia el Sagitario guía
A la levantada gente;
Allí estará yo presente
Haciéndole compañía. (Vase.)

(ENTRAN BRABANCIO Y CRIADOS CON ANTORCHAS.)

BRABANCIO. ¡Huyó! ¡Se fugó con él!
¡Demasiado verdad!
¡Tanto desprecio á mi edad!
¡Tanta amargura cruel!
¿Dónde, Rodrigo, la viste?
¡Infeliz! ¡desdichada!
¿Con el Moro acompañada,
Con el Moro me dijiste?
¿Quién padre quisiera ser?
¿Cómo acertaste quién era?
¡Ah! ¡Me engañó cual pudiera
La misma pedía hacer!
¡Más hachones! ¡Qué te dijo?
¿Vengan mis deudos aquí!
¿Se han casado?

RODRIGO. Creo que sí.
BRABANCIO. ¡Y esto hace ¡cielos! un hijo!
Pero ¿cómo se escapó?
Pues que, ¡no hay hierbas potentes,
No hay encantos defenestrosos,
Que el sortilegio inventó
Para engañar las doncellas?
¿Tales cosas no has oído?
RODRIGO. De esas artes he leído.
BRABANCIO. ¡Y no escuché tus querellas!
Llamad al punto á mi hermano.
Marchad por diversas vías.
¿Acaso tú no sabrías
Adónde está el inhumano
Moro con la hija traidora?
RODRIGO. ¿Que yo los quiero prender!
¡Tal vez se logre saber
Adonde el robador mora.
Seguidme con guardia fuerte.

BRABANCIO. Guía, con todos te sigo;
¡Feliz si verlos consigo!
¿... venga luego la muerte.
A las puertas llamaré;
Serénos y armas aquí;
Te sigo, confía en mí;
Yo te recompensaré. (Salen.)

Entendía Villalta que el más peligroso escollo de la traducción, la verdadera y principal dificultad consiste en acertar con la expresión poética del original, para lo cual es preciso tener en cuenta, no sólo el significado, sino el metro elegido por el autor. Algunos creen que al traducir en verso el modo de acercarse más á la manera poética del autor es verter la obra empleando los mismos metros, lo cual, á veces, puede ser cierto cuando se trata, por ejemplo, de composiciones de carácter eminentemente clásico, en que, si el autor emplea el endecasílabo libre, ningún otro metro más adecuado pudiera buscarse para traducirlo; ó bien sí, como en la famosa canción del *Rey de Tule*, de Goethe, el poeta usa el verso octosílabo, también debe conservarse al traducirla á otra lengua, por ser éste propio, como ninguno, al carácter popular de la composición. Pero, en general, ha de tenerse en cuenta que el poeta, al elegir metro determinado, lo hace siempre en razón de las condiciones prosódicas de su lengua, del carácter especial de la composición y de aquella asociación inevitable del ritmo y el pensamiento, que no siempre son iguales, aun en lenguas que descienden del mismo tronco. Por eso Villalta, obrando, á mi entender, con gran acierto, emplea metros distintos del original, sin que esto sirva á hacer que su traducción no reproduzca áun con más fidelidad, seguramente, la obra original, por cuanto al hacerlo así, no sólo nos da el sentido y las palabras del gran autor, sino también la impresión poética, el supremo encanto que envuelve

á la producción como en vistoso ropaje de deslumbradora belleza.

No hemos de entrar ahora en minucioso y detenido análisis de las demás traducciones de Villalta. El espacio de que disponemos, limitando nuestro trabajo, sólo nos permite indicar ligeramente los puntos más salientes de la obra del que primero y hasta hoy, sin que nadie le aventaje, vertió á nuestra lengua uno de los más admirables dramas de Shakespeare. Su obra humilde y modesta es, no obstante, digna de alabanza, y merece, si no la fastuosa gloria que acompaña el nombre insigne del genio creador, lugar honroso entre los que, merced á diligente esfuerzo y constante trabajo, contribuyeron á enriquecer é ilustrar las letras patrias, haciendo fácil y asequible á todos el inefable goce que la lectura de un autor sin segundo proporciona, y cuyas inmortales bellezas sólo á muy pocos era ántes dado admirar.

DANIEL LOPEZ.

FRAY JUAN PEREZ DE MARCHENA.

(EN LA RÁBIDA.)

Era Fray Juan varón docto y versado en ciencias.

Todo es quietud y sosiego;

El sol baña el santuario,
Y en el alto campanario
Clava sus flechas de fuego:
Cansadas del manso juego
Gaviotas y golondrinas,
En las aguas cristalinias
Humedecen su plumaje,
O buscan fresco hospedaje
Entre las algas marinas.

Son las horas perezosas

En que el nardo languidece,
En que el silfo se guarece
En el cáliz de las rosas;
En que van las mariposas,
Por huertos y por colinas,
Como torpes libertinas,
Entrando á saco las flores,
Sin escuchar sus clamores
Ni respetar sus espinas.

Solo con su pensamiento,

En su celda, de luz llena,
Se halla el buen padre Marchena,
Docto prior del convento;
Está inmóvil en su asiento
Y echada atrás la capucha;
Con algún problema lucha
Que suspende su sentido,
Pues hasta el sordo latido
De su corazón se escucha.

Frases que son un misterio

Pronuncia á veces el sabio;
Tiene al lado un astrolabio
Y delante un planisferio:
No es la Biblia ni el Salterio
Lo que preocupa á Fray Juan;
Sus dedos trazando van
Cien curvas en una esfera;
El Cristo y la calavera
Tras un mapamundi están.

«— ¡Acaso existen!...— murmura,—

Mas ¿quién marca el derrotero
Que seguirá el marinero
Por esta espantosa anchura?....
La esferoide es la figura;
El hielo eterno, el confin;
Paso ha de encontrar al fin
El que hasta este punto llegue,
Aunque Lactancio lo niegue
Y dude San Agustín.

» ¡Perdonen mis desvarios
Esas luminosas huellas
Que la luna y las estrellas
Van dejando en el vacío!
¡Grande es tu poder, Dios mío!
La ciencia á Ti me levanta;
Polvo de tu régia planta
Son los astros que voltean....
¡Ellos tu vista recrean
Y tu omnipotencia cantan!

» Leyes armónicas son
Las que sin cesar presides;
Con cuadrante de oro mides
La infinita Créacion;
Esa azulada extension
Se eslabona y se completa;
Obra á tal compas sujeta
Es artística y gigante.
¡No se comprende al diamante
Con una sola faceta!....»

Tal dice el fraile, y se aferra
En tan hondas inducciones,
Que á las postreras razones
Ya no se hallaba en la tierra;
Los anchos párpados cierra;
Dobla en la diestra la frente;
Por la encantada pendiente
De los sueños arrastrado,
Cree que Atlante le ha guiado
A sus islas de Occidente.

Y ve, en vagas aureolas,
Continentes seductores,
Baños de resplandores

Y besados por las olas;
Y á las naves españolas
En nuevas aguas flotar,
Y nuevas playas cortar
La línea del mar profundo,
Cual si comenzara el mundo
Al otro lado del mar.

Quando las costas ansidas
Va á cortar el frágil leño,
Turban de Fray Juan el sueño
Dos rotundas campanadas.
— ¡*Deo gratias!*....— A Dios sean dadas—
Dicen en la portería:
Un viajero pretendia,
Con notorio desaliento,
Resguardarse en el convento
De los rigores del día.

Fray Juan, con el mal talante
De un soñador que despierta,
Abre de golpe la puerta
Y halla al viajero delante.
Es severo su semblante.
Pero de noble expresión;
Su nombre y su condición,
Le pregunta al fin Marchena,
Y él lo relata con pena:
Era Cristóbal Colón.

Colón, el gran visionario,
Cuya inconcebible historia
Lleva la luz de la gloria
Y la sombra del Calvario;
El varón extraordinario
De talento sin segundo;
El sombrero vagabundo,
De pobre y sencillo porte,
Que andaba de corte en corte
Llevando en la mano un mundo.

— Que el cielo os sirva de guía—
Dijo Fray Juan con carino,
Besando en la frente al niño
Que con Cristóbal venia.
Este, en tanto, recorria
Con ojada serena
La mesa de libros llena,
Sobre cuya tosa tapa
Se hallaba extendido el mapa,
Y midiendo el sol la arena.

— ¡Sois dado á la noble ciencia
Que la Tierra ha de ensanchar?...—
Él que acaba de llegar
Pregunta con insistencia,
Fray Juan, hombre de experiencia,
Contéplame de hito en hito,
Y viendo en su rostro escrito
El signo de la tormenta,
Sus pesadillas le cuenta
Con un contento infinito.

¡Cud! no fué su admiración
Al ver que el pobre viajero,
Con dulce frase primero
Y despues con explosión,
Señalando la extension
De los mares dilatados,
Marcó los distintos grados
En que otras costas se alzaban,
Y los puntos que ocupaban
Sus continentes soñados!

¡Sin ser de sí propio dueño,
Ve Fray Juan, con fe cristiana,
Un símbolo en la campana
Que vino á turbar su sueño;
De Colón el loco empeño
Con tan firme apoyo crece;
A ambos sencilla parece
La gigantesca demanda:
Son el cerebro que manda
Y el corazón que obedece.

De las costas españolas
Se alejan sus carabelas:
El viento empuja las velas
Y el pino rompe las olas;
Colón, meditando á solas,
Ve de su gloria el exceso;
El mar, á sus plantas preso,
Se retuerce, y brama, y gime;
Del gigante que le oprime
No puede sufrir el peso.

Aunque rancos aguileones
Alzando montañas mugen,
Y los tripulantes rugen
Como reclusos leones,
El, sus altas inducciones
Sigue de esperanza lleno;
En su corazón sereno
Jamás asoma el desmayo,
Que es su inteligencia el rayo
Y su palabra es el trueno.

Lucha y vence. El Océano,
Como corcel generoso,
Se rinde al fin orgulloso
Bajo su potente mano:
Con arrojo sobrehumano
Ignotos límites toca;
A Dios en su auxilio invoca,
Con el horizonte en guerra,
Y el grito ansiado de ¡Tierra!!
Se escapa al fin de su boca.

La pléyade aventurera,
Próxima ya á desbordarse,
Siente á esta voz reanimarse